

EL LIBRO DE LAS
CHARRERIAS

POR

LUIS INCLAN

EDICION Y PROLOGO
DE MANUEL TOUSSAINT

*Bibliotheca
Mexicana*

LIBRERÍA DE PORRUA HNOS. Y CIA.
Justo Sierra y República Argentina
MEXICO
1940

LA CHARRERIA Y SUS VALORES.

Para todos aquellos que nos ha tocado la fortuna de nacer y crecer en los menesteres de caballos, reses y yeguas brutas, en específico, practicando el bello deporte de la Charrería, es indispensable, por no decir obligatorio, mantener, investigar y legar los conocimientos aprendidos y heredados por nuestros antepasados.

Desafortunadamente, desde mi perspectiva como charro, siento que muchos de los que practicamos esta travesura, como la llama Inclán, hemos ido dejando en el olvido tradiciones y razones que dieron origen a nuestra bella actividad.

Creo que la esencia de la Charrería se encuentra en una probable fase terminal, pues ésta se ha convertido en solamente competencias, en acumular puntos y en ganar premios, y si bien son válidas, representan solo una pequeña parte de ese gran todo que la integra.

Importante es tener y mantener la ética y razón de nuestro deporte: el manejo del ganado sin lastimar o martirizar, tanto a los mansos como a los brutos.

Vemos como los caballos de estima están pasando de ser eso, *de estima*, a ser simples herramientas o utensilios para generar puntos y ganar competencias. Esto lo deja muy en claro Inclán, de forma indirecta, al relatarnos la historia del Chamberín.

De acuerdo con lo que he leído, escuchado e investigado, puedo estructurar en mi mente que la Charrería es una cultura, una forma de vida, que se ha venido adaptando desde sus orígenes hasta nuestros días; una cultura donde se funden tres protagonistas:

- a) Las reses y equinos brutos: que son aquellos animales de cuya crianza y manejo emerge nuestra tradición. **Fundamental tener muy claro el origen.**
- b) Los equinos mansos: extraídos del círculo anterior para su educación y ser utilizados como herramientas de apoyo para el manejo del ganado.
- c) El Ser Humano, el Charro: que con su inteligencia, capacidad de observación, creatividad y respeto por el manejo de los animales, logra un profundo entendimiento de cómo sacar mejor provecho de las criaturas mencionadas.

De la participación de éstos, surgen una serie de actividades, como lo son la herrería, plasmada en frenos, cadenillas, espuelas, coscojos o ruidos¹, herraduras, fierros para herrar, entre otros; la sastrería, desarrollando vestimenta única en el mundo; reateros², que tuercen de manera artesanal fibras de lechuguilla o tejen el cuero crudo para elaborar sogas; talabartería, que se encarga de la manufactura de sillas de montar y diversos arreos; así como la sombrerería y demás artesanos que elaboran artefactos diversos propios de nuestra disciplina.

De la misma manera, brotan otras expresiones artísticas, como la literatura, poesía y música, que

¹ Coscojos o ruidos: adornos de metal que se ponen en toda la falda de las anqueras, cuya función principal en conjunto con la anquera es mantener los cuartos traseros (patas) de los caballos recogidos, mejorando el balance del equino, así como mantener la anquera en su lugar. EAGRV.

² Artesanos que tejen o fabrican las reatas o sogas de lazar. EAGRV.

más allá de estampar letras en cantos o papel, no solo amenizan y complementan el deporte que practicamos, sino que exponen el sentido más profundo y romántico de las tareas y razones de nuestra Charrería.

Como bien lo mencioné anteriormente, la Charrería es una cultura, y muchos de los valores y joyas que la componen, así como las propias razones de ser, han ido quedando en el olvido, y por ello, me he dado a la tarea de transcribir tesoros literarios que no son fáciles de conseguir. En este caso, la magnífica obra de Luis Gonzaga Inclán, de donde puedo comprender los orígenes y la forma de ejecutar las suertes de colear y lazar.

El único fin de esta transcripción es rescatar el tratado, evitar que se pierda. No pretendo en ningún momento lucrar, ni mucho menos violar derechos de autor o regalías.

Disfrutemos de esta magna obra, aprendamos y heredemos todo lo que Don Luis nos narra en estas páginas.

He anexado notas al pie o referencias para tratar de explicar o aclarar algunos términos relacionados con el argot Charro. Todas ellas terminan con las iniciales de mi nombre: EAGR.V.

Así mismo, he sumado algunas gráficas y fotografías para indicar cuáles son las partes de los arreos charros.

Quiero agradecer a mi padre, Lic. Enrique González y a mis buenos amigos Sr. Ricardo Z. Barba y José Alfredo Meléndez, por sus enseñanzas y ayudas para definiciones de algunos términos que, en lo personal, desconocía.

Con profundo respeto al autor y editoriales; y la más arraigada pasión por mi Charrería.

Enrique A. González Rodríguez Vizcarra.

LUIS INCLAN.

Uno de los escritores más interesantes entre los que florecieron en México durante la segunda mitad del siglo XIX es Luis Inclán. Es la suya una literatura completamente diversa de las que conocemos. Si por literatura se entiende únicamente la producción escrita que revela sus bellezas en la selección adecuada de los términos, el uso correcto del lenguaje, la expresión profundamente original de las ideas, Inclán no puede ser considerado como literato. Pero, si tomamos la literatura en un sentido más amplio y humano, buscando en ella no sólo un arte de arreglo y acomodo, sino la expresión de la misma personalidad, sin aliño ni rebuscamiento, Inclán es de los mejores literatos. Su obra está unida tan íntimamente con sus actividades vitales que crea un vocabulario suyo, y sabe usar las expresiones y términos del pueblo de México en tal forma, adecuada y precisa, que los filólogos tienen que buscar siempre en sus obras, como en una vena inagotable, los términos y giros peculiares de este país: los *mexicanismos*. Así lo hizo magistralmente don Joaquín García Icazbalceta.

Inclán es novelista. La obra maestra de un género especial de novelas en que se reúnen la aventura, las hazañas hípicas, el romanticismo, y la grandeza de alma de sus imposibles, se encuentra en “Astucia, el Jefe de los hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la Rama”. Esta novela enorme, muy del gusto de su época en que privaban Fernández y González y sus imitadores mexicanos Riva Palacio y Payno, eclipsó a todos sus rivales y alcanzó una popularidad tan extraordinaria que en

sus ediciones se han hecho rarísimas, y las más recientes, en calidad de verdadero libro de cordel, nos hacen añorar una buena edición de esta obra, con las notas necesarias y el vocabulario que explique la diversidad de términos empleados. En “Astucia” el relato es de una intensidad extraordinaria: nos subyuga la figura del héroe y seguimos constantemente sus aventuras; todos los personajes secundarios aparecen pintados con tal carácter y vigor, que sentimos realmente cómo viven, cómo sufren y escuchamos positivamente cómo hablan: su lenguaje es el lenguaje usual en los campos de México empleado sin afectación ninguna, y en los comentarios el autor usa del mismo idioma familiar y claro, conmovedor y sin afeite. El conocimiento profundo que tiene Inclán en todas las cosas relativas a charrerías hace que su novela, que se mueve entre charros, sea la más vívida, la mas interesante que se pueda encontrar en el género.

Inclán es, además un tratadista de los asuntos de charrerías; ahora se nos ofrece como un profesor serio que usa de los términos más extraños y, además, del lenguaje más popular, para darnos su cátedra acerca de cómo se debe colear y lazar; otras veces en versos que, si en ocasiones nos mueven a risa por su ingenuidad y torpeza, otras nos hacen sonreír con una ligera emoción, narra la biografía de su caballo preferido el *Chamberín*, o nos hace la crónica de un festival charro con motivo de un capadero en la hacienda de Ayala. De pronto la vena humorística de Inclán sube de punto y aplica sus conocimientos de charrería para escoger mujer, como si se tratara de encontrar un potro.

Debemos a José de J. Núñez y Domínguez los datos biográficos de Inclán que pudo recoger de labios de su hijo, el doctor don Juan Daniel Inclán³. Nació el escritor en el rancho de Carrasco, perteneciente a la hacienda de Coapa, de la jurisdicción del Municipio de Tlalpan, en aquel entonces, el día 21 de junio de 1816. Sus padres fueron don José María Inclán y doña Petra Goicochea; mulata. Estudió Inclán las primeras letras con el profesor don Miguel Sánchez Alcedón y en esa escuela conoció a muchos de los que más tarde fueron prohombres de México, como don Lucas Alamán y el poeta Pesado. El oficio del padre, administrador de haciendas, hizo de Inclán el famoso charro que fue después, pero para llegar a ello tuvo que vencer las ideas de su progenitor que deseaba tener un hijo clérigo. Para tal efecto ingresó al Seminario Conciliar, después de haber concluido sus estudios primarios en 1828. Ante la oposición de Inclán para seguir estudiando, el autor de sus días lo consagró a la agricultura en la forma más humilde, como el más miserable peón de hacienda. Poco a poco fue progresando y siguió la profesión paterna, administrador de haciendas, y lo fue en varias como las de Nalvarte, La Teja, Santa María, Chapingo y Tepetongo, y con el tiempo logró adquirir el rancho de Carrasco.

Se casó allí con doña María Dolores Rivas, que vivió poco, dejándole dos hijos, Luis y Damián. Ya viudo el charrito se volvió a casar, el 20 de junio de 1842, con doña Petra Zúñiga y Negrete, de quien tuvo otros tres vástagos: don José Luis Inclán, Licenciado; doña

³ Los Poetas jóvenes de México. Por José de J. Núñez y Domínguez. Lib. de la Vda. de Ch. Bouret. México, 1918.

Julia Inclán, casada con el Notario don José Reynoso, y el doctor don Juan Daniel Inclán. El año de 1847, cuando los norteamericanos invadieron México, Inclán se trasladó a la capital y compró la litografía e imprenta que estaba en la calle de San José el Real, de la cual más tarde se hizo cargo. De la imprenta de Inclán salían constantemente pliegos sueltos con romances, folletos, jaculatorias, novenas y toda esa balumba de impresos que producen las pequeñas imprentas. En ella misma se hacían sus libros ilustrados con litografías que, para ser hechas en tan modesto taller, son bastante estimables.

Inclán vivió en México el resto de su vida y murió en su casa del callejón del Padre Lecuona número cinco, el 23 de octubre de 1875.

Obras de Luis Inclán.

Reglas con que un colegial puede colear y lazar. México, 1860. Véase la portada reproducida en facsímile.

Recuerdos del Chamberín. Primera edición 1860; segunda edición desconocida; tercera, 1877; cuatro láminas en litografía en la primera edición. La primera edición tiene un prólogo que reproducimos; en la tercera desaparece, pues habiendo asistido el autor a una función del “Circo de Chiarini” vio que los caballos amaestrados hacían gracias muy superiores a las del *Chamberín* y entonces suprimió todos los elogios que le había hecho en la primera edición. Además, como ésta fue hecha para obsequio y parece que tuvo mucho éxito, las otras fueron ya para la venta y modifica los versos en que habla del regalo. Reproducimos a continuación, facsimilarmente, la

RECUERDOS

con



TERCERA EDICION.

Breve relacion de los hechos mas p[er]didos y memorables de este noble Caballo, escrita por

L. G. J.

MEXICO: AÑO DE 1867.

IMPRESA DE JOLAN.

En las ediciones anteriores el prólogo se reducía a dar una idea de los nobles instintos del *Chamberín* y comprobar sus hechos y bondades con los de multitud de caballos que en aquella época se hicieron notables; pero creo excusado ese encomio, cuando con sólo asistir alguna vez al Circo de Chiarini se ven de cuántas gracias y particularidades son capaces los caballos en el desarrollo de sus instintos, de inteligencia, docilidad, destreza etc., y aunque en vista de éstos los del *Chamberín* son insignificantes, sin embargo, no dejan de tener su mérito si se atiende a la crasa ignorancia de su dueño que se dedicó a adiestrarlo solo, en lo que pudo su poca capacidad.

portada de la tercera edición del *Chamberín* con la nota en el reverso.

Regalo delicioso para el que fuere asqueroso. Hoja suelta escrita en verso con lenguaje sucio; uno de tantos juegos escatológicos que siempre han existido.

Astucia, el Jefe de los hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la Rama. La primera edición apareció en dos tomos: el primero en 1865 y el segundo en 1866, con curiosísimas litografías hechas en la misma imprenta de Inclán. Esta edición es rarísima y se han impreso, según mis noticias, otras tres: una como obsequio del periódico “El Imparcial”; otra de la Librería, de Bouret, ambas también agotadas, y, recientemente, la única que se encuentra, por las llamadas “Publicaciones Herrerías”, desastrosa de papel e impresión. Como decíamos antes que es indispensable una nueva edición decorosa de ***Astucia***.

El Capadero de la hacienda de Ayala. Folleto de 24 páginas en verso. Véase la reproducción facsimilar de la portada.

Don Pascasio Romero. Juguete en verso que debe haber sido publicado en hoja suelta o en folleto. No lo conozco y he seguido la versión de Alfredo B. Cuéllar que no me merece una absoluta confianza, pues hay versos que parecen mal copiados.

Una obra poco conocida de Inclán que también publicamos, es la llamada ***Ley de Gallos***, curiosísima para nuestro folklore, por eso la reproducimos como apéndice a las obras de charrerías de Inclán, a fin de tener todos sus folletos reunidos. Este consta de 31 páginas.

José de J. Núñez y Domínguez menciona dos obras inéditas, *Los tres Pepes* y *Pepita la planchadora*, ambas novelas de costumbres mexicanas. Los originales se extraviaron en un naufragio que sufrió el hijo del autor, en 1884, haciendo un viaje de San Andrés Tuxtla a Tlacotalpan, lo cual nos privó de otras dos interesantes obras de Inclán.

Para hacer la presente edición se han tenido en cuenta los originales que me han facilitado las personas a continuación citadas a quienes deseo rendir público agradecimiento: mis estimados amigos don Federico Gómez Orozco, las *Reglas para lazar y colear*, *El Capadero en la Hacienda de Ayala* y la *Ley de Gallos*, y don José Porrúa Turanzas la primera y tercera ediciones de *El Chamberín*; Alberto Vásquez del Mercado, entusiasta charro inclanista, el libro de *Charrerías*, de Alfredo B. Cuéllar, ya agotado.

Las reglas que he observado como editor son las siguientes, que me parecen las más adecuadas para toda reimpresión: seguir fielmente el texto, modernizando la ortografía, pues, no tratándose de un autor clásico, me parece más lógico usar la actual ortografía, así como la acentuación; la puntuación ha sido respetada en general, sólo cuando una modificación aparecía necesaria de modo evidente, la adoptaba. Los términos especiales de charrerías se respetan íntegramente.

El Chamberín presentaba mayor dificultad pues al cotejar las dos ediciones conocidas o sean la primera y la tercera, encontré que existía gran número de variantes. Anoté todas ellas al pie de cada página, siguiendo, en general, el texto de la primera edición,

y sólo cuando se modifica el sentido o cuando la versión de la tercera es evidentemente superior a la primera, adopto esta última y marco en nota la variante de la primera edición.

Tales son las reglas que he seguido para reimprimir los rarísimos folletos de Inclán que forman el libro. Tanto los aficionados a la charrería, como los escritores, los folkloristas o, simplemente, los amantes de las cosas de México, encontrarán en este pequeño volumen ricos filones que explotar.

MANUEL TOUSSAINT

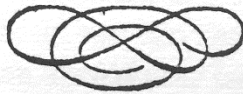
REGLAS

CON QUE

UN COLEGIAL

PUEDA

COLEAR Y LAZAR.



PROPIEDAD DEL EDITOR.

MEXICO: AÑO DE 1860.

Lzap de Inclán, calle de San José el Real
núm. 7, ó de Leon núm. 5.

PROLOGO

Ajeno a toda pretensión por singularizarme, ni de que me crea muy inteligente en las travesuras del campo, respetando en todas sus partes los vastos conocimientos de las muchas personas inteligentes en la materia, y sin más antecedentes que la práctica y experiencia adquiridas en más de veinte años de ejercicio en diversas partes, distintos terrenos, y con multitud de animales de varias clases, me he resuelto a escribir este manual, que sus advertencias, con bastante fundamento, pueden llamarse **Reglas**, que sin duda servirán para que adquieran algún conocimiento los jóvenes entusiastas a tan arriesgada diversión, a los cuales creo prestarles un servicio explicándoles la forma con que deben aprovechar las oportunidades de los lances, para conseguir con mejor éxito el objeto de colear, y evitarse en lo posible ser víctimas de su arrojo, pues aun varios de los rancheros de más fama han perecido, pagando bien cara su falta de previsión.

Por no hacer difuso este tratadito, no asiento como preliminar las reglas para andar a caballo, porque estando éstas perfectamente descritas en la táctica de caballería y principios de equitación de los veterinarios, entiendo que todos los afectos al montarlo tienen de ellas algunas nociones; y si dirijo mis reglas a UN COLEGIAL, no es porque sea un estudiante, sino porque los campiranos con esa palabra nombran a la persona que no sabe travesear con el caballo; y para que pueda hacer uso conveniente de estas reglas, ya lo supongo que sabe resistir sus movimientos, mantenerle su equilibrio con la rienda, aprovechar el apoyo de los estribos para balonearse a derecha e izquierda, hacia atrás o

adelante, y últimamente, que presume saber menear o bullir su caballo, pues es preciso que el pretenda colear se halle expedito en estas cosas y no tenga por primer enemigo al caballo que debe servirle de instrumento principal.

Asentado este principio, me he propuesto describir los seis modos comunes de colear y otros particulares que yo conozco, advirtiendo sus oportunas aplicaciones, y demostrándolos con sus correspondientes láminas, pues a mi juicio, no debe estar sujeto el coleador a sólo practicar un único modo, siguiendo el sistema mecánico y rutinero, sin aplicar diestramente el que le fuere más fácil, más violento, o el que le produzca mejores resultados, sin desperdiciar los momentos convenientes para los lances.

Para mejor aclaración me he tomado la libertad de no sujetar mi relato a las palabras propias del buen castellano, sino que lo explico con las más vulgares y conocidas de los rancheros, con que es costumbre entre nosotros explicarnos cuando se trata de relatos de esta especie. México, 1860.

Luis Inclán.

PREVENCIONES GENERALES PARA DISPONERSE A COLEAR

Estando ya en el paraje determinado para el coleadero, desde luego tratará el coleador de componer sus arneses, y para el efecto, aflojará su silla; acomodará bien los sudaderos, cuidando de que no se queden doblados los bastos; revisará sus arces procurando siempre que sus estribos estén más bien cortos que largos pues así será mejor el apoyo que en ellos tenga y no los soltará a cada instante de balonearse; colocará su reata en la parte que menos le estorbe, sin llevarla nunca en los tientos⁴ porque puede enredarse con ella; observará el freno, sus cabezadas, barbada y riendas, y apretará el cincho: si llevare chaparreras sueltas, espada o pistolas las quitará de la silla, depositándolas en el sitio designado para este fin.

Hecho esto, estirará su caballo a que dé tres o cuatro pasos, (que llaman los pasos de la vida, cuya operación debe hacer siempre que monte un caballo acabado de apretar).

Revisará sus espuelas para ver si están firmes y en su lugar: practicado esto que es cosa muy sencilla y ligera cuando se tiene la costumbre de hacerla, recogerá el cabestro sobrante del bozal, lo enredará al encuentro de su caballo o amarrará en el tiento delantero de la silla del lado del subir.

Montará en su caballo, y andando espacio, dará un paseo por la plaza, potrero o carril, con el objeto de que afloje el lomo y reconozca el terreno, mientras

⁴ Tiras de cuero de la silla de montar que sirven para unir las piezas de la montura y en otros casos para unir y sujetar el cabestro del bozal, la reata o el zarape a la montura. EAGR.V.

que el jinete advierte los inconvenientes que para correr tenga el piso, tal como zanjas, regaderas, hoyos, tusales, charcos, pantanos, piedras, troncos, etc., teniendo la obligación cada uno de los coleadores de quitarlos (para no llevar un tropezón o caída) si fueren chicos, y de señalarlos si son grandes, advirtiéndoselos a sus compañeros, los cuales deben hacer lo mismo, repartiéndose por el campo en distintas direcciones: hecho esto, que también es operación ligera entre todos, se afianzará el sombrero, se abrochará la chaqueta para evitar un atorón con la cadena del reloj, o perder lo que lleve en las bolsas del chaleco, tomará entre los dedos la cuarta, templará la rienda, y dándole un aviso al caballo, estará en disposición de correr.

Aunque a primera vista parezcan ociosas estas advertencias, no deben despreciarse, pues con su observancia se evita o un lance desgraciado, o perder alguna cosa.

Si la diversión fuere en la plaza, conviene también darle una que otra carrera al caballo junto a la valla con el fin de que no esté torpe al correr en círculo, y al sentarlo no estirarle mucho la rienda, porque como está el piso en declive tiene riesgo de desortijarse un pie, ni menos arrendarlo con violencia porque se cae fácilmente.

AZOTAR AL CABALLO. A pesar de suponer a mi *colegial* muy inteligente y bastante instruido en el manejo de su caballo, no me parece fuera de propósito advertirle, que del modo de azotarlo depende muchas

veces el éxito de un buen alcance, o el de un violento⁵ pase a tiempo oportuno, por lo que le recomiendo, que no acostumbre meter la mano en la manija de la cuarta al colear, sino llevarla en los dedos atorada, para mudarla de mano cuando le convenga; que use cuartas más bien duras que blandas, con el peso repartido en el mango, y la pajuela⁶ más bien corta que larga; que jamás tire el azote para adentro, pues si fuere con cuarta dura pegará en las verijas al caballo, y si con esas otras (que) hay muy flexibles y que llaman emplomadas, a más de hacer lo mismo, puede pegar en la pospierna, o darse él mismo un pajuelazo, y es seguro que al sentirse agraviado el animal en partes tan nobles, entorpece sus movimientos, acorta su carrera, y algunas veces repara o se hace rabioso; que no al dar el azote, por evitar pegárselo, alce el brazo para arriba, pues en lugar de dárselo al caballo, se le enreda la pajuela en el tronco de la cola, y en este instante se contiene para apretarla, teniendo el jinete la necesidad de soltarla algunas veces para que sola se desenrede si no quiere rozarlo, o que también se parta reparando si se la estira: y por último, el modo propio de azotar es tendiendo naturalmente todo el brazo a lo largo, inclinándolo un poco para atrás, calculando que se tienda la pajuela a todo el largo de la pierna del caballo por el lado de afuera, dejando pasar un intervalo de tiempo de un azote a otro con el fin de ver su efecto, pues no por dar muy repetidos se

⁵ Se refiere a movimientos rápidos y ágiles de las cabalgaduras o animales. EAGRV.

⁶ Tiras de cuero al final de la cuarta, con las que se azotan a los caballos. Entre mas pajuelas tenga la cuarta, mas ruido hacen al golpear y menos dolor causan al animal castigado. EAGRV.

consigue que el animal duplique sus esfuerzos, pues comúnmente acontece lo contrario, es decir, que al sentirse el caballo agraviado tan seguido, se irrite tratándose de defender con reparar, pues cuanta más ley tiene, más lo enojan las correcciones, y siendo el que se presta mejor para servirnos, debemos evitar en lo posible el constituirnos en su verdugo, sino usarlo en proporción de sus fuerzas, enseñándolo a que nos conozca y obedezca sin infundirle temor.

Del mismo modo se azota con la reata cuando para lazar se ha metido la mano izquierda en la manija de la cuarta, y esto se hace al emprender el alcance pegando con la lazada de la reata si fuere chica, y doblándola si es grande, pudiendo aplicar los azotes con el mismo brazo a derecha e izquierda. Es preferible usar mejor de una vara que de cuartas flexibles o chirrioneras.

AL ESPERAR AL TORO se observará lo siguiente: cuando es en la plaza, deberá el coleador pararse en el centro de ella, dando frente al toril, o en uno de los lados de la puerta de éste, ocultando lo posible su caballo contra la barrera para que no sea el primer objeto que antes de salir vea el toro, pues si fuere cobarde, resistirá encontrar a la plaza, y si se ha embravecido en el cajón, sin duda alguna le parte⁷ y es inevitable una cogida, por lo que es mejor verlo venir enfrente, y según la dirección que tomare, dirigir el caballo cortándole el terreno, procurando desde luego encarrilarlo y tomarle la cola.

Esto mismo se observa a puerta de corral; más cuando no se colea en lienzo es indispensable

⁷ Lo embiste. EAGRV.

nombrarse compañeros, y partiendo iguales, abriendo sus caballos tratarán de enderezar al toro en su carrera cerrándose con violencia⁸ sin permitirle ir culebreando, ni que esté mudando de dirección, y tan luego como alguno haya tomado la cola, el otro irá sólo haciendo lado a una distancia de una y media o dos varas del toro, sin emparejarsele mucho evitando el que se siente⁹ o cambie de rumbo, para lo cual lo azuzará ayudando a su compañero a animar a su caballo abriéndose más, o pasándose al instante de que dé el estirón para no cargarle la res cuando dé el pase.

ACOMODARSE o situar bien al CABALLO. Así se llama cuando partiendo detrás del toro procurando cuanto antes tomar la cola, está el jinete dispuesto a dar el estirón; para hacerlo en forma, es necesario que no se cierre contra el toro sino lo preciso para encarrilarlo, guardando una distancia de cosa de media vara de claro entre él y el caballo; no arrabiatarse¹⁰ detrás, porque desde luego muda de dirección y puede manearlo¹¹, ni emparejarsele demasiado porque entonces se sienta, sino mantenerse en un término medio, es decir, que la cabeza del caballo vaya como a medio toro o poco menos, llevando la rienda templada, el cuerpo lo más derecho posible, y cuando más un poco inclinado hacia adelante; irá bien sentado en la silla

⁸ Con rapidez, ágilmente. EAGRV.

⁹ Que el toro detenga la carrera repentinamente. EAGRV.

¹⁰ Atar un animal a la cola de otro. En este caso, se refiere a no acercarse demasiado por detrás al toro. Diccionario Google, consultado el 27 de septiembre de 2018. EAGRV.

¹¹ Que el toro cambie de dirección hacia el lado del caballo, logrando que éste tropiece y caiga con todo y jinete. EAGRV.

conservando firmeza en los estribos: por ningún principio se sentará al lado, encogiéndose o adelantando el baloneo hasta el momento de despachar al caballo a que dé el pase, pues esto a más de presentar al jinete en un postura ridícula e impropia, lo entorpece para arcionar y no puede ser dueño de sus movimientos ni resistir los del caballo.

Por regla precisa se advierte, que cuando vaya en esta disposición, debe no perder de vista los movimientos del toro, principalmente los de la cabeza, pues mientras que el toro lleva la cabeza firme y las orejas paradas, va azorado tratando de huir; mas al momento que la vuelve a derecha e izquierda alternando el movimiento de las orejas, o las agacha, es porque ya reconoció al que lo persigue y trata de arrendar¹², sentarse, o cambiar de dirección, por lo que es conveniente no abandonar nunca la cola, y en caso de que arriende, con ella misma librar al caballo dándole un estirón para enderezarlo y que no volteé, pasando inmediatamente sosteniéndose con ella para mudarle la dirección de la cabeza.

Si antes de tomar la cola diere la arrendada, despachará el jinete a su caballo por el lado contrario al que voltea, cortando una línea diagonal para no manearse con sus pies, y que mientras acaba de dar la vuelta entera para armarse, tenga sobrado tiempo el caballo de quitársele de enfrente; esto se practicará en el campo o cuando en el lienzo haya espacio suficiente para pasar; mas si así no fuere, por ningún

¹² Hacer que un animal regrese al sitio del que había partido. Probablemente se refiera a que la res detenga la carrera repentinamente, y gire buscando la querencia (lugar de donde salió o partió). Diccionario Google, consultado el 27 de septiembre de 2018. EAGRV.

principio se debe apartar el caballo del lado que arrienda, ni mucho menos sentarlo para volverse, porque es segura la cornada, sino más bien cerrarle prontamente el caballo, procurando darle con la cuarta en la cabeza o pegarle con el estribo, y en último caso, darle un encontronazo en la espaldilla para desconcertarlo, abriendo el caballo prontamente para no menearse y ganarle terreno.

En caso de que no sea posible evitar que el toro cambie de rumbo, se mudará la cola a la otra mano, pasándola sobre la cabeza del caballo, tratando luego de acomodarse, y de no hacerlo así, es mejor soltarla, pues si se quiere coger por debajo del cuello del caballo, es fácil que reciba uno un buen cabezazo al agacharse, o una maneada con el mismo toro, y se pierden de vista sus movimientos para seguirlo, si no es que en ese instante arrienda y coge al jinete descompuesto en la silla y sin la posesión de la rienda e incapaz de defenderse.

ENREDARSE LA COLA O AMARRARSE LA MANO.

En el supuesto de llevar el caballo como antes se previene, se toma la cola con la punta hacia abajo, se recoge y afianza con sólo el dedo pulgar (Fig. 1) enredándose después los cuatro dedos restantes (Fig. 2), se cerrará la mano afirmando la cola con la yema del dedo pulgar (Fig. 3), y quedará perfectamente amarrada, pues con sólo abrir la mano se suelta sin rozarla, pero por ningún principio tomarla con los dedos y enredarse la mano por encima, porque quedará la punta debajo de la vuelta, y formando nudo no se suelta sino hasta que acaban de correr las cerdas, y esto origina cuando menos, recibir una

fuerte rozada, si no es que se quiebran los dedos o se disloca la muñeca.

Es conveniente amarrarse cuando el toro tiene pocas cerdas en la cola, cuando se dan estirones sostenidos, y cuando lo pide el modo de colear, de los que se ve a tratar más adelante.

Esas prevenciones que he puesto deben ejecutarse con violencia y premeditación para no desperdiciar las primeras carreras, perdiendo tiempo y terreno, sino que siempre procure aprovecharse de los momentos en que calcule salir airoso en su empresa, por lo que en la aplicación de los modos que le voy a determinar consiste su buen éxito, pudiéndose evitar las rozadas de las manos con que un pedazo de gamuza haga su guante él mismo, bajo la forma de la (Fig. 4).

USO DE LA MANO IZQUIERDA.

No me parece por demás advertir, que se ejercite bien para ser ambidiestro, pues para colear es indispensable usar de las dos manos, porque frecuentemente se necesita ejecutar con la mano izquierda las mismas operaciones que con la derecha, y se obtienen las ventajas siguientes:

1^a Que con la mano izquierda se estira con más firmeza y se aprieta bien la cola.

2^a Porque quedando libre la derecha se azota con más franqueza.

3^a Porque al dar el baloneo, se hace más fácilmente para el lado derecho que para el izquierdo.

4^a Porque comúnmente han sido estiradas las reses con la mano derecha, se encuentran mas prevenidas para atrancarse de ese lado, y al

estirarse con la mano izquierda oponen menos resistencia.

5ª Porque en caso de una arrendada no corre mucho riesgo, en razón a que es natural en el toro batir con la cabeza y embestir con más franqueza con la llave izquierda que manejan con más acierto, mientras que con la derecha son más torpes y dan bastante lugar a que ínterin se pone en juego, pueda el coleador quitarse de enfrente o estirarlo.

MODOS COMUNES DE COLEAR.

PRIMERO. A PULSO.

Así se nombra, porque para dar el tirón no se ocupa otra cosa más que la mano, y se practica del modo siguiente: se amarra la cola en la mano del modo que se tiene advertido, se aprieta el puño contra la pierna, cerca de la corva, de modo que con sólo doblarla encuentre la mano una ayuda en la misma corva, procurando que el brazo quede tendido a todo su largo sobre el cuadril, se dispara¹³ el caballo para que pase; si no lo hiciere, se le da un azote, y en ese instante se carga todo el cuerpo del lado contrario para ayudarle a sufrir el peso del toro, asegurándose con la mano izquierda de la crin, llevando la rienda entre los dedos para no abandonarla (Fig. 5): al momento en que el toro incline la cabeza, se despachará al caballo a que pase como cosa de una vara de distancia de ella, con el fin de que no se le cargue el toro a ese tiempo, sino dar lugar a que lleve un ondeón de la cola, la cual deberá soltarse tan pronto como se advierta que el

¹³ Mandar al caballo a arrancar rápidamente. EAGRV.

toro ha perdido el equilibrio o viene ya descendiendo de costillas, además de que se siente en la mano el peso del toro que estira para abajo, y desde luego volverá el jinete a sentarse bien en la silla, tratando de parar a su caballo.

Por ningún principio debe abandonarse la posición indicada al tiempo de dar el tirón pues si se afloja la mano del apoyo de la pierna, cuadril y corva, y no se hace la fuerza casi con todo el cuerpo al baloneo, sólo se resistirá con el brazo en una postura muy falsa, ocasionando dislocaciones, salirse de la silla, o caer por el lado contrario.

Este modo de colear es aplicable con buen éxito, a las reses livianas en primera carrera, o cuando por violencia del caballo no da lugar a acomodarse para arcionar y la res está próxima a cambiar de dirección o trata de arrendar.

SEGUNDO. A RODILLA.

De la misma manera que en el anterior, se amarra el rabo en la mano, se cierra un poco más el caballo, se atora la cola en la rodilla, apretando la mano con ella detrás de la pierna, más arriba de la corva, se afirma la espuela cerca del cincho, se inclina el cuerpo algo al lado contrario, echándolo para adelante, y asegurada la mano de la rienda en la crin o campana del fuste, se dispara el caballo a dar el pase, procurando despacharlo con dirección al cuerno de la res, y apretar el estribo para que resista la pierna y no se chispe la rodilla, soltando a su vez la cola. (Fig. 6).

Este tirón presta más seguridad al jinete, porque se conserva en más posesión de la silla y se hace uso de él cuando no habiendo campo para abrir el caballo

como en el anterior, trata el toro de arrendar sin haber dado tiempo para acomodarse bien, pues como casi media cola se ocupa en amarrarse, es indispensable cerrarse lo posible y despachar al caballo con la dirección indicada en el momento de dar el pase; produce buen efecto también cuando la res es muy alta y el caballo chiquito, lo mismo que cuando éste no se presta a chiflonear¹⁴ o repara al sentir el peso del cuerpo que se equilibra y el del tirón que tiene que resistir.

TERCERO. ARCION CORRIDA O ARRIBA.

Para dar ésta, jamás se amarrará la cola en la mano, sino que luego que se tome se voltea la punta para arriba (Fig. 4), sin que sobren mas que cuatro o seis dedos de rabo, y que no queden algunas cerdas enredadas en los dedos; se procura llevar al caballo acomodado separándolo cosa de una tercia de distancia del toro; se sienta el jinete bien derecho en la silla; se lleva la mano con la cola inmediatamente al contralátigo¹⁵, (o látigo si es por el lado izquierdo) se deja tantito atrás el caballo, y alzando la pierna muy poco hacia adelante al instante de dispararlo, quedará naturalmente la cola debajo de la arción sin mayor esfuerzo, apretando la mano contra la pierna

¹⁴ ***Chiflonero(a)***: dicese del caballo de silla que arranca con ímpetu, que es muy violento para arrancar, especialmente cuando se laza en él. Islas Escárcega, L. y García-Bravo y Olivera R., ***Diccionario y refranero charro***, Ed. Porrúa. EAGRV.

¹⁵ ***Látigo y contralátigo***: tiras de cuero que unen a la silla de montar con el cincho. Se conoce como látigo a la tira de donde se ajusta o aprieta la montura al caballo, por el lado izquierdo o lado de montar. El contralátigo es lo mismo que el látigo, pero por el lado derecho. El contralátigo solo se ajusta cuando se cambia la silla a otra cabalgadura con diferentes dimensiones, a fin de que el ajuste de la montura al caballo sea mejor al momento de apretar la silla con el látigo. EAGRV.

se da el pase sin necesidad de equilibrar mucho el cuerpo, pues bastará sólo inclinarse un poco y apretarse contra la silla, dirigiendo el caballo como a media vara de distancia de la cabeza del toro, y no sosteniendo mucho el tirón es muy segura una caída limpia (Fig. 8).

Cuando se sostiene, acontece muchas veces, que siendo dicho tirón tan alto, caen las reses en las corvas de los caballos, y si al momento de pasar se cierran el caballo o el toro, lleva éste una empinada de cabeza, que le hace dar una verdadera machincuepa¹⁶, y aunque en el valor de caídas es caída redonda, tiene la contra de que, o se descuerna la res; se quiebra el espinazo, o manea al caballo, por lo que siempre se tratará de darle campo para que ruede.

Igualmente advierto, que al tiempo de alzar la pierna para dar la acción, no se avance mucho para adelante, porque es muy fácil atorar la espuela en la rienda del caballo, y en tal caso se pierde el lance y va uno en riesgo de caer con él. Este modo tiene mucha más ventaja que los anteriores, porque el jinete no tiene la necesidad de descomponerse en la silla ni buscar apoyo para la mano de la rienda, porque con las dos piernas puede aplicar a un tiempo el aviso de las espuelas, porque la fuerza del tirón es más firme contra el propio caballo y porque cuando desconfía de un buen resultado, puede estirar asegurando la cola con las dos manos sin sufrir mayor trastorno.

Se debe hacer uso de este modo con las reses estiradas y que se atrancan, con las arrendadoras y

¹⁶ Del náhuatl *mayotzincuepa* “rodar como calabaza”, Diccionario Real Academia de la Lengua Española, consultado el 27 de septiembre de 2018. EAGRV.

que no permiten abrir mucho al caballo, con las pesadas y remolonas que necesitan chiflonearse¹⁷, y es muy conveniente cuando al instante de acomodarse se atranca la res con las patas, al verla en esta posición se le da un tirón falso y ella solita va a dar el golpe al lado contrario sin mayor esfuerzo.

CUARTO. ARCION BOLERA PARA ATRAS.

Esta es sumamente fácil, de violenta ejecución y de felices resultados, no estando muy en uso porque les parece muy dificultoso enredarse la cola en la pierna del modo inverso a la arción bolera común; pero si observan las reglas de arcionar que les voy a prevenir, desde luego conocerán sus ventajas. Se cierra lo posible el caballo tratando de emparejarse, la cola se toma de cualquiera manera y admite amarrársela en la mano, ésta se sitúa con la cola detrás de la corva, y con sólo alzar la pierna un poco hacia adelante y describir con el estribo una corta curva, al bajarla naturalmente se encontrará enredada en la arción y pasada sobre la espinilla, entonces se apoya la mano sobre la pantorrilla, se carga el cuerpo sobre el estribo un poco inclinado hacia adelante, se aprietan las rodillas en la silla, y se dispara el caballo a dar el pase, procurando al despacharlo que se abra cosa de tres cuartas de distancia, de la cabeza del toro, pues siendo un tirón muy firme, necesita ondearse la cola y dar campo al toro para que caiga, y cuanto más abajo se aplique, produce mejores resultados (Fig. 9).

Ésta debe practicarse con más seguridad cuando se dificulta acomodar al caballo y casi se va pasando;

¹⁷ Se refiere a estirarlas violentamente. EAGRV.

mando el toro va perdiendo carrera o se advierte que va a sentarse; cuando el caballo es muy alto y la res es chica, pues en este caso la lleva uno dominada para arcionar libremente aprovechando el instante de la posición que guardan caballo y toro para no perder tiempo.

Le presta seguridad al jinete, porque como en la anterior no necesita equilibrarse mucho, ni buscar apoyo para la otra mano, pues se tiene libre posesión de la silla, el estirón es muy abajo y la ejecución más violenta.

QUINTO. ARCION BOLERA CHICA O ABAJO.

Esta es la que hoy se acostumbra; admite coger la cola de cualquier modo, y amarrarse la mano y de la misma manera acomodar el caballo y llevar la cola cerca del contralátigo que en la arción corrida, se ejecuta, y disparando el caballo al alzar la pierna, se enreda la cola en la arción bajando la mano lo más que se pueda, apretándola como una cuarta arriba del talón detrás de la pierna para que propiamente se estire con la arción y estribo, procurando equilibrarse un poco más al lado contrario y enderezar el pie con la punta abajo para no picar con la espuela los ijares o anca del caballo al dar el tirón, y al despacharlo que no se cargue contra el toro, sino que pase cosa de media vara o tres cuartas de distancia de la cabeza, para darle un ondeón o manteada¹⁸ de la cola (Fig.

¹⁸ Enredar a alguna persona o animal con la reata, siendo las extremidades de la misma, tiradas por fuerzas opuestas. En este caso, el autor se refiere a ondear la cola repetidamente, probablemente con la misma finalidad del pachoneo, que es que el toro no detenga su carrera. Rincón Gallardo, C., *El libro del Charro mexicano*, Ed. Porrúa, 1960. EAGRV.

10), pues si se le cierra el caballo, presenta mayor resistencia y pesa más, y si se abre mucho, con facilidad pierde el jinete el equilibrio de la silla, abandona la mano de la cola y va a dar al suelo de costillas, aconteciendo también esto cuando la res es alta y pesada y el caballo chico y muy violento, por lo que para evitarlo, se deberá asegurar con la otra mano, después de avivarlo, de las crines o campana del fuste, sin perder de vista el efecto del tirón para volverse prontamente a la posesión de la silla, previniéndose también que al arcionar no se quiera alzar muy alto la pierna, porque si en ese momento se dispara el caballo, se sale con facilidad de entre las piernas y cae el jinete por el anca boca arriba.

SEXTO. A LAS APEADAS O A BRINCO.

Este modo es el más lucido que se conoce, porque en él demuestra el coleador su agilidad, destreza y maestría; se aplica con buen éxito, coleando en lienzo, a primer carrera con reses que no hayan sido muy estiradas, y en el campo cuando se lleva un buen compañero que sabe hacer lado; para su ejecución, se sienta el jinete en su caballo como mujer, es decir cruza la pierna izquierda sobre el pescuezo del caballo, sin llevar espuelas; lo acomoda cosa de media vara de distancia de abierto del toro, toma la cola como a una cuarta abajo de su nacimiento con la mano derecha, suelta el estribo en que ha ido apoyado echándolo para atrás, y al disparar su caballo para que pase, afianza la cola con la mano izquierda arriba de la otra, dándole un talonazo al caballo en la espaldilla para que se abra violento, y abandonándolo, se conservará con las piernas abiertas, con el peso del cuerpo y la fuerza que haga

con las dos manos para abajo, sin mayor esfuerzo se desequilibra el toro y cae rodando con facilidad (Fig. 11), mientras que el coleador se conservará a poca distancia a pie firme, orgulloso de su triunfo, procurando cuanto antes trabarle al toro una corva con la cola, para dar tiempo a que se arrime su caballo para montarse, el cual deberá estar perfectamente aleccionado.

Para la práctica de este modo de colear, se necesitan reunir varias circunstancias precisas que muchas veces se dificultan, como un buen caballo alcanzador y muy manso, que esté enseñado a no abandonar a su dueño, sino que a la falta de él se pare desde luego a esperarlo o lo siga, que al desprenderse de la silla haya el caballo comenzado a dar el pase para que al descender no quede el jinete detrás del toro, porque en este caso no lo estira, y sí sucederá lo contrario, por lo que, si no se logra la oportunidad de haberlo estirado con el peso del cuerpo, debe seguir, corriendo a pie, procurando no ir detrás de él sino ganarle el lado sin abandonar la cola, y pisándole el pie mas inmediato para que le sirva de palanca se dará un fuerte sentón para rendirlo; a esto se le llama meter *zancadilla*.

MODOS PARTICULARES.

EN EL CABALLO EN PELO.

También en este modo de colear demuestra el jinete su habilidad, y es aplaudido con justicia, porque no cuenta para apoyarse en el caballo más que con sus piernas y la crin, tiene más riesgo de voltearse cuando el caballo está gordo y tiene el lomo redondo o es muy corto de corona; mas a pesar de esto pueden

aplicarse con muy buen éxito cualquiera de las dos arciones boleras de los modos 4° y 5° procurando el jinete siempre cerrar su caballo lo posible, amarrarse la cola en la mano, y colocando ésta adelante o atrás, según el modo que aplique, alzar la pierna lo muy preciso para enredarla, y ya hecho esto, apretarse fuertemente con las rodillas, inclinar el cuerpo sólo para adelante, con la mano izquierda a media crin, y disparar su caballo sin abrirlo, para que el estirón no le afloje las piernas, pues cualquier empuje en contrario, por leve que sea, lo hace perder la posición de su caballo, y cae sin poderlo evitar.

SENTADO COMO MUJER.

Antes de partir a alcanzar, se pone la pierna izquierda cruzada sobre el pescuezo del caballo, afianzándola por debajo de la cabeza de la silla, se toma la cola y acomodándose pueden aplicarse cualquiera de los cinco modos prescritos; admite abrir el caballo al dispararle, y se ejecutan con mejor éxito las arciones boleras, debiendo el jinete al tiempo de pasar, sólo echar el cuerpo para adelante, o inclinarlo un poco del lado del toro para no perder el equilibrio de la cintura y caerse de espaldas.

También este modo es celebrado; pero es de mucho más mérito el anterior.

A PIE DE PUERTA DE CORRAL.

Esto se ejecuta generalmente con becerros y terneras, siendo oportuno hacerlo en primera carrera, saliendo siempre tablas el coleador con la res, porque a la par caen los dos, y se practica tomándole al animal la cola al instante de salir del

corral, lo mas arriba que se pueda, o cuando menos a la mitad de su largo, y ganándole luego luego el lado se le dará la zancadilla, pisándole la pezuña del pie del mismo lado; se le estirará la cola con las dos manos, avanzándolas para adelante, y dándose un sentón fuerte para atrás, la misma pierna le sirve de palanca para rodar, procurando siempre dar el impulso con los brazos para adelante, con el fin de que la res no caiga sobre el coleador.

A PIE AL DESCARRETO.

Este modo de estirar sólo puede ejecutarse con un toro bravo, y lo he visto practicar con mucho desembarazo y maestría a los afamados toreadores mexicanos de las plazas de Necatitlán y San Pablo, Luis Rea, Luis Ávila y Gumersindo Rodríguez, y una que otra vez en la plaza del Paseo a Bemerto Gaviño. Cuando ha tomado la cola para desprender al toro que se ha trabajado con algún caballo de los picadores, y según he observado, consiste el modo de hacerlo en afianzar la cola con las dos manos, haciéndole algún peso para que doble el cuerpo y en el instante de que hace movimiento para embestir estirarlo recio, pues como es natural que tenga la pierna de ese lado torcida por la posición irregular que guarda todo acamaronado, dobla la corva y pierde el equilibrio, porque generalmente sientan al caer la nalga de ese lado, y se le da a esto el título de ***descarreto***, porque desde ese instante recibe el toro una lastimada en la pierna y se le ve aflojarla, y algunas veces renguear, siendo muy rebajado en su juego, por lo que es indudable que padece.

COLEAR YEGUAS Y MULAS.

Estas admiten estirarlas de cualquiera de los primeros cinco modos indicados; pero para acomodar el caballo y tomar la cola se observará una posición contraria a la de las reses, en razón a que son muy ligeras de patas, y principalmente las mulas, pues ese es su medio de defensa; y así como es necesario no perder de vista el movimiento de la cabeza del toro para prevenirse de una arrendada, a éstas es indispensable atender al movimiento de los cuartos traseros para evitarse unas patadas. Por lo que se les cerrará el caballo lo posible como para emparejarse, y pachoneándolas (bajándoles la mano por el lomo y anca) se les tomará la cola lo mas abajo que se pueda, para que aunque pateen no le toquen, ni al jinete ni al caballo, y para éstas es muy útil aplicar la arción bolera para atrás, pues no hay necesidad para darla de dejar atrás al caballo, abrirse, amarrarse la mano ni balonearse, porque oponen muy poca resistencia para caer y fácilmente se ruedan, pudiéndoselas llevar también a pulso y rodilla sin mayor esfuerzo en primera carrera; mas si ya han sido estiradas, se atrancan perfectamente abriendo los cuatro pies, y entonces debe aplicárseles la arción bolera chica, o estirla con la mano izquierda, cuidando siempre de que no queden algunas cerdas entre los dedos, porque cortan mucho más que las de las reses por ser más largas y delgadas.

COLEAR BURROS.

Para tirar éstos basta estirarlos de cualquiera manera; pero para cogerles la cola es preciso, si no se ha hecho al descuido, meterles la mano hasta abajo por entre las piernas, porque la aprietan mucho contra las nalgas, y al trastearlos dan también muy

buenas patadas; ya tomada la cola no quedarse atrás para pasarlos, pues cuando se trata de abrirles el caballo se sientan prontamente, y si se previenen atrancándose, con temprarles la cola y soltársela, van a dar de costillas por el lado contrario.

Para no exponerse con ellos es conveniente tomarles la cola sobre parados o cuando van espacio¹⁹, porque si se intenta hacerlo corriendo, con mucha facilidad manejan al caballo, pues para defenderse se le cargan contra el encuentro, y si uno se detiene se atraviesan maliciosamente en el momento que advierten algún claro y siendo el animal que inspira mas confianza, es en el que se corre mas riesgo, porque es muy difícil sin dejar atrás el caballo, tomarle la cola, y en este instante es en el que se mete debajo del pescuezo, y aunque se le pegue en la cabeza, se le den estribazos en la panza, o se apliquen palmadas en el lomo, ni afloja la cola, ni deja de seguirse cargando hasta manear al caballo.

NOTA: en algunas veces acontece que por haber soltado el estribo del lado que se va a estirar, tiene uno necesidad de enredarse sólo la pierna por no perder la ocasión y para no salirse de la silla y resistir el estirón, es indispensable afianzarse con el brazo libre de la cabeza de la silla, trabar la espuela contra los bastos, tenderse sobre el caballo y apretar fuertemente las rodillas al momento de dar el pase.

¹⁹ Es probable que haya un error de imprenta, seguramente la palabra correcta es despacio. EAGR.V.

MODOS DE PARAR LAS RESES.

Cuando no se hubiere parado naturalmente, se verá si tiene algún cuerno atorado en el suelo o en uno de sus miembros, y dejándole tomar resuello un rato corto, se le hará primero una *fuereña*, para lo cual se separan cuatro o seis de a caballo cosa de quince o veinte varas enfrente de la cabeza del toro, y haciéndole boruca se vendrán sobre él corriendo para que al ruido que oiga se azore, y figurándose que lo atropellan se pare a defenderse o huir, si no surtiere ese efecto, se le azotará con la cuarta la punta del hocico o de las orejas, las nalgas o el lomo; pero por ningún principio en los ojos.

Si nada de esto fuere suficiente, se animará uno de a caballo por el lado del lomo, y como si se fuera a apear, se queda con el pie izquierdo en el estribo y con el derecho le pica el lomo o anca.

En caso de que tampoco esto surta, se le retorcerá la cola más arriba que se pueda, o se le doblará (quebrará), cuidando de que esto sea como a media cola, sin hacerlo más abajo porque verdaderamente se les quiebra, y al darles otro tirón se les arranca.

Si las picaren con garrocha, procurarán hacerlo en los pulpejos, es decir, en el morrillo, nalgas, etc.; pero nunca en el lomo ni corvas, porque de la misma manera que pegándoles en los ojos, quedan absolutamente inútiles.

El último recurso que se le puede aplicar es tomarle con las dos manos la punta del hocico, y tapándoles las narices, la falta de resuello los hará pararse: si fueren reses mansas conviene hacerles esto antes de martirizarlas con azotes, golpes y piquetes.

CALIFICACION DE CAIDAS Y SUS VALORES.

Para servir de base en las apuestas, se ha observado como regla fija calificar las caídas y valorizarlas, dividiéndolas en tres clases, es decir, caída redonda, media caída y caída chica común.

CAIDA REDONDA se llama cuando el toro da una vuelta completa en el suelo sobre el lomo, quedando tendido del lado contrario al que se le estiró, y su valor es el de **cuatro caídas chicas o comunes**.

Es también, CAIDA REDONDA, **una empinada**, es decir cuando por haberse cerrado mucho contra el toro al tiempo de pasar, ha caído de cabeza haciendo una verdadera machincuepa, y tiene el mismo valor que **cuatro chicas**.

Igualmente el **Molinete**, esto es, cuando el toro queda en el suelo dando de vueltas sobre el espinazo o remolineándose, si se rinde completamente al lado contrario, se considera CAIDA REDONDA, aunque quede con la cabeza debajo. Y si no completare la vuelta, entonces será MEDIA CAIDA, y vale **dos comunes**.

MEDIA CAIDA COMUN es cuando el toro no ha dado la vuelta en el suelo, sino que queda tirado solo de un lado, pero que haya rendido la cabeza, y vale **dos caídas chicas**.

CAIDAS CHICAS o COMUNES son las siguientes:

Panzazo: se designa cuando ha caído el toro sobre la barriga y queda sin rendir la cabeza como si estuviera echado, y vale **una**.

Sentón: se le llama así cuando por haberse atrancado mucho el toro queda con las nalgas en el suelo y con las manos tiasas sosteniéndose, y vale **una**.

Cabezazo: si después de haber estado un momento guardando cualquiera de las dos posiciones antes dichas se rinde cayendo sobre las astas, pues aunque ya queda tendido completamente, no se considera más que como **CAIDA CHICA**, y vale **una**.

Por lo expuesto queda asentado por regla fija, que de cualquiera manera que caigan las reses, mientras no den en el suelo una vuelta completa sobre el lomo o cabeza, no se llama caída redonda con valor de cuatro caídas chicas. Que si el toro al caer sin dar la vuelta no ha rendido desde luego la cabeza, no se considera como **MEDIA CAIDA** con valor de dos caídas comunes. Y cualquiera otro modo que no reúna las circunstancias de las anteriores, no debe calificarse más que como **SIMPLE CAIDA** con valor de **una**.

Y se consideran más bien dadas las que se califican con el agregado de limpias, es decir, que haya sido bien aplicado el tirón y el toro haya dado la caída sin lastimarse mucho, sin ofender al caballo ni descomponer al jinete.

MANERAS DE JUGAR.

Cuando se ajusta un partido o se desafía una coleada, se acostumbra determinar las condiciones del vale bajo bases precisas, y hay varios modos de convenirlas.

Si la apuesta sólo es de dos personas, se deposita el dinero que se juegue, advirtiéndose si de él salen los

gastos que se eroguen. Entre ambos nombran su juez calificador: éste señalará a cada uno igual número de reses, o ellos mismos las escogen. Si van en competencia, se rifan los lados. Si llevan quien les ayude, nombra cada cual su compañero. O si van solos, tiene el derecho de mandar el que admitió el desafío para colear primero o después, y alternándose irán corriendo. Se determina terreno para que sin pasarse deban correr y darle al toro cuantas caídas se puedan de ida, o de ida y vuelta, o se advierte el número de tentadas o estirones, y si pueden remudar caballo y cuales han de ser. El calificador les irá llevando la cuenta del valor de las caídas, para que concluidos los toros que cada uno estire, gane el que sacó mas cantidad en el valor de ellas. Si ejecutan alguna cosa sin convenirla, se aplica a favor del contrario.

También se acostumbra apostar a que de cinco caídas que dé cada contrario, gane el que obtenga las tres mejores en sus clases.

Cuando se juega **TOPETON** o **CARAMBOLA**, colean a un tiempo tres personas, y entonces para evitar la ventaja del lado, se ponen las tres en ala con anca vuelta, y a una palmada que les dará el que ellos nombren, partirán a dar el alcance, ganando el que primero tiente, o el que tire al toro.

Cuando son **GALLOS** o **TAPADOS**, desde luego se nombran dos capitanes, y éstos arreglan sus cuadrillas: teniendo cada uno igual número de coleadores, eligen al juez calificador, y delante de él se convienen en la manera de colear, es decir, si cada uno colea solo o acompañado; las tentadas, estirones o caídas, etc.: y si van en competencia también se rifan o alternan los lados, debiendo cada capitán

escoger el ganado para su cuadrilla, o vice versa, escogerlo para los contrarios, llevando el sentenciador el apunte de las caídas, y en caso de empate sólo los jefes deciden, o cada uno nombra de entre los suyos quien lo haga.

Cuando fuere **GUERRA**, cada uno irá dando a su toro las tentadas, estirones o caídas que se estipulen, y el que las diere mejores que representan más valor, es el que gana; decidiendo en caso de empate sólo los empatados, hasta que alguno saque ventaja, ganando la cantidad que con ese fin se haya depositado.

Cuando se designa **A METE MANO**, corren detrás del toro todos, y obtiene el premio el que primero tiente la cola, o el que estire, o el que diere la primera *caída redonda* siendo dicho premio alguna cosa comprada con el mismo fondo de suscripción, una cuarta o reata, etc.

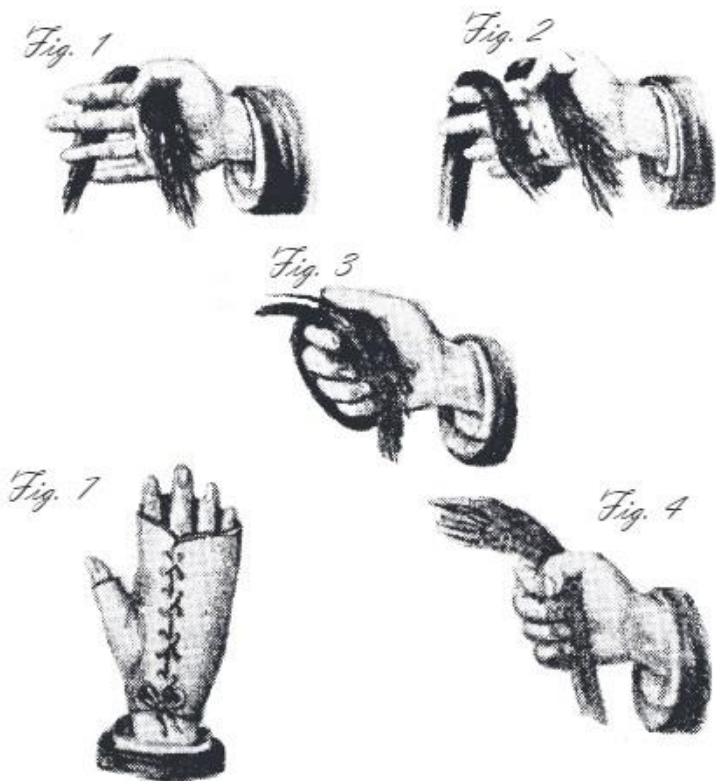
Si se advierte **A TODO JUEGO**, gana el que primero tire al toro, sea de la manera que fuere.

Y si se dice, con **MALA OBRA**, cada uno de los que corren está en su derecho para evitar que el otro gane, por lo que cuando no se puede llevar una buena ventaja para obtener el premio, se corren las diligencias posibles para entorpecer al que haya agarrado la cola: se le cierra el claro, se le espanta la res, se le violenta el caballo, y algunas personas anisan tanto que hasta meten mano a la rienda, quitan el freno, etc. Esto, a más de ser sumamente expuesto, generalmente acaba en pleitos, por lo que jamás se deberá jugar admitiendo la tal **MALA OBRA**.

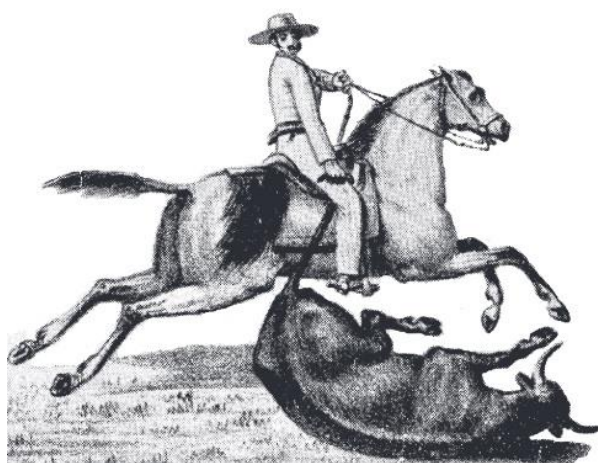
***PARTIDOS QUE SE PUEDEN DAR O
LLEVAR.***

- En la elección del ganado.
- En el número de reses para cada uno.
- En el lado que cada uno debe llevar.
- En la señalación de terreno.
- En la cantidad de tentadas o estirones.
- En el número de caídas comunes.
- En la duplicación de caídas en menos reses, o viceversa.
- En el que se admita llevar compañero, pudiendo éste estirar en segunda carrera.
- En que no se cuenten tirones errados.
- En remudar caballos.
- En que uno estire en primera carrera y otro en segunda, etc.; y cuánto se considere que da uno o recibe como ventaja.

***Iconografías relacionadas con la sección
del coleadero.***



Formas de enredar la cola en la mano.



Coleo a arción corrida o arriba.

Las imágenes fueron obtenidas de diferentes sitios de internet:

- <https://docplayer.es/13881456-Origen-y-devenir-de-los-juegos-con-caballos-y-toros-en-el-mexico-campirano-la-diversion-del-coleadero.html>
- <https://ahtm.wordpress.com/2015/01/page/3/>
- https://www.imer.mx/rmi/nacimiento_luis_g_inclan/
- http://elaculcoautentico.blogspot.com/2014_03_02_archive.html

PARA LAZAR.

Sin embargo, de que para el manejo de la reata sólo la práctica puede perfeccionarlo, pues por mucho que se escriba no se conseguiría más que dar una corta idea del modo con que generalmente se usa, me he propuesto hacer las advertencias indispensables, asentando las *reglas* que a mi juicio deben tenerse presentes para obrar con alguna inteligencia. Siendo esto una verdadera ciencia de los campiranos y una cosa indispensable para recreo o conveniencia de los aficionados, quisiera hacer una disertación que desde luego patentizará las ventajas que del uso de la reata tiene el hombre que la maneja con acierto; pero me evita este trabajo la opinión general que no desconoce el mérito del buen lazador, que es considerado y aplaudido en todas ocasiones, principalmente de los extranjeros, pues para ellos es una arma peculiar de los mexicanos, que miran con terror y temen sus efectos, admirando la destreza con que nos servimos de ella, habiendo aquí hombres que han hecho formal estudio en el modo de tirar una lazada, principalmente en el ramo de manganas, que aplican con bastante perfección.

Con mucho fundamento y sobrada razón son respetados, pues es una verdadera ciencia en que luce la inteligencia, tino y agilidad del lazador, a la vez que el buen lomo y gobierno de su caballo, pues el tanteo para acertar una lazada, la violencia en amarrar, el modo de presentar al caballo, las ayudas que a éste se le hacen, el equilibrio para la silla, etc., que se tienen que practicar, todo exige ejecutarlo con rapidez y conocimiento, sin dar lugar a desperdiciar el lance, ni menos a sufrir una desgracia, pues el

riesgo que se corre es eminente, y cualquiera torpeza de fatales resultados.

ELECCION DE REATA.

Conviene observar las advertencias siguientes:

1. Son más útiles para lazar las reatas que han tenido algún uso, que las completamente nuevas, en razón de que las usadas están ya estiradas, amoldada la rozadera y se prestan más para remolinearlas, cae la lazada bien extendida, y se amarra mejor, porque las nuevas por más que se estiren siempre conservan sus primitivos dobleces la gasa está o muy abierta o sin correr bien, la lazada se enreda, se salta la vuelta al amarrar, y no dejan de rozar las manos.
2. LA CLASE. Hay una multitud de ellas; pero han adquirido más mérito las Florideñas, Palpeñas, Poseñas, Queretanas, y sobre todo las Sanluisañas. Consiste su diferencia en la clase del mezote con que están hechas, en el torcido que tienen y en la cantidad de hilos con que las forman.
 - a. **LAS FLORIDEÑAS:** tienen hilado al revés; se componen de ocho hilos, es decir, cada uno de los cuatro principales sólo tiene dos de medio tuerce.
 - b. **LAS PALPEÑAS Y POSEÑAS** son de 36 kilos, pues cada uno de los principales tiene un corazón gordo cubierto con ocho hilitos delgados de medio tuerce; estas son expuestas a cargarse, esto es, a que alguno de sus hilos se estire más que otros.

- c. **LAS QUERETANAS** son de ocho como las florideñas, pero con el hilado al derecho.
 - d. **Y LAS SANLUISEÑAS** son de diez y seis²⁰ hilos sin corazón, por lo que guardan mejor su tuerce, tienen buen peso y no son ásperas ni muy tiesas.
 - e. También las hay de malva, de ixtle, de cáñamo, algunas mezcladas con cerda de cola y soguillas de peal torcidas o tejidas; pero tienen sus inconvenientes, no tanto por su clase como por su cuerpo, peso y grueso, siendo preferibles las que desde nueva son más bien duras que blandas, sin fragmentos de su material que rocen las manos y las hagan ásperas.
3. **EL GRUESO** debe ser un término medio, pues si son muy gordas pesan mucho, cansan el brazo al remolinearlas, y estorban en la mano de la rienda; y si son muy delgadas, a más de que se enreda la lazada, no tienen peso para poderlas aventar, y cuando se amarra se corren mucho en la cabeza de la silla, y frecuentemente queman las manos y rozan a los animales; pero de un extremo a otro, son mejores las gruesas, pues para a pie son preferibles porque al estirar llenan la mano sin correrse mucho en ella.
4. **SOBRE LO DURO O BLANDO.** Son mejores las reatas duras siempre que su cuerpo no

²⁰ No se entiende si son de dieciséis hilos, o bien, dos tipos de tuerce, uno de diez y otro de seis. EAGRV.

decline en exceso, pues cuando están tan retorcidas que parecen de palo, son muy molestas principalmente al amarrar, pues no se puede ahorcar la vuelta con ellas; y naturalmente se corren; y si por desgracia se humedecen, se agarrotan tanto que se ponen incapaces de servirse de ellas. Las muy blandas generalmente están flojas en su hilado; se enreda su lazada; no tienen buen peso para que caiga bien abierta; al amarrar se muerden los hilos, y fácilmente se revientan, por lo que es necesario que no sean sumamente duras ni absolutamente flojas.

5. LA GAZA deberá tener de cuatro a seis pulgadas de largo, pues si fuere más grade se chispa fácilmente al apalearse²¹ o manganear; y si es muy chica no corre la reata con franqueza y se queda amarrada, principalmente cuando sólo se ha lazado un pie o mano.
6. LA ROZADERA. Esta para conservar en buen término a la gaza, debe ser de timbre duro para que amolde bien, que esté ajustada a la reata para que no volteé al correr esta y cubra media gaza para que le impida cerrarse o torcerse.
7. LA TRABITA deberá solo llenar su objeto, pues si es muy chica no contendrá la punta, y si es muy grande con mucha facilidad se entuerta una bestia al lazarle la cabeza, y algunas veces también el lazador se pega con ella.
8. EL LARGO. El más proporcionado es de cinco brazadas, o cuando más de cinco y media ya

²¹ Es probable que haya un error de imprenta, pues el autor hace referencia al acto que hoy día es pialar como *apialar*.

estiradas (de 10 a 11 varas), pues cuando tienen más son muy estorbosas, molesta recogerlas, y ocupan mucho la mano de la rienda; y cuando son muy cortas fácilmente se sueltan y no se puede avanzar una lazada.

9. LA PUNTA. Esta es indispensable que no tenga ningún botón, porque hace pedazos la mano cuando se corre, sino que para conservarle el hilado cuando no están bien cruzados hilos, se le pone una correa pesada y se remacha atrensillándola que quede corta y si se le ha volteado punta a la reata por la del remache de los hilos se le lía una hebra de pita y recorta la punta para que forme una escobetilla chica.
10. Siempre procurará el lazador cuidar de que su reata no se moje, y mucho mas de que no se roce contra alguna cosa que lastime sus hilos o los troce.

MODOS DE LLEVAR LA REATA.

El sitio más seguro y a propósito de llevarla es enredada con vueltas como de una tercia, amarrada en el tiento delantero de la silla por el lado de la garrocha, pues allí se cuida más fácilmente, y al necesitarse con violencia luego se puede preparar sin que tenga el lazador que perder tiempo para ponerse en guardia. Cuando se carga en los tientos, a más de no tener estas ventajas, se corre el riesgo de enredarse con ella al apearse o de perderla.

Para más seguridad, y cuando no se piensa hacer violento uso de ella, también se carga en una de las bolsas del vaquerillo amarrada a un tiento particular que se le pone a los bastos de la silla, o tendida en

dobleces largos, metiendo los extremos en las dos bolsas, amarrándola de en medio en dicho tiento de los bastos.

También se puede cargar en el caballo, echándole una lazada mediana que le caiga al encuentro, recogiendo el resto en la cabeza de la silla, y asegurándola con el tiento delantero del lado de subir.

ARMAR LAZADA.

A PIE. En caso de que al tomar la reata tenga las vueltas muy chicas o esté enredada se avienta toda a lo largo para que se destuerzan las ondulaciones que tuviere, se forma la lazada según el tamaño que se quiere (lo general es de una y media vara), y teniéndola en la mano derecha se irá recogiendo el resto con la izquierda en tramos de media brazada, para que queden las vueltas sin torcerse como de media vara: concluido esto se asegura la punta con el dedo chiquito de la misma mano izquierda, se depositan las vueltas en los tres dedos largos restantes, y todo se asegura provisionalmente con el dedo pulgar (Fig. 12, letra A), quedando solo en la derecha la lazada con la gaza a la mitad de ella, para que la abra y tenga tiro, debiendo procurar el lazador tener la punta de la gaza entre los tres primeros dedos largos y la parte corredizo en la palma de la mano, separada con el dedo chiquito para acortar o crecer, según convenga (Fig. 12 letra B), y teniendo su lazada para enfrente (Fig. 12 letra C), se atrasa el pie izquierdo cosa de media vara para estar listo a atrancarse al meter cuadril (Fig. 12 letra D).

Deberá regularse siempre que la gaza esté a media lazada, sea del tamaño que fuere, porque así se abre

bien, se reparte su peso, y al tirarla puede avanzarse, pues cuando está más arriba o más abajo continuamente se enreda, y aun encuarta al lazador.

El tamaño de la lazada cada uno lo hace según se ha ejercitado; pero debe hacerse a proporción del objeto que se trata de lazar, v. g., para manganear a pie, con una lazada de dos varas es suficiente, pues cuando es más grande no se maneja con franqueza y dilata en apretarse; y si es muy chica sólo se cogen medias, es decir, un pie o una mano. Para la cabeza es conveniente mediana de una y media a dos varas, pues así se puede darle mejor dirección y aventarla avanzada si es por arriba, o adelantada parada si es por abajo.

A CABALLO. Se recoge y arma lazada del mismo modo, con el agregado de que si se tira la reata se procura atravesarla lo posible para que si va andando el caballo no la pise, teniendo interinamente la rienda en un dedo de la mano derecha, y después se muda ésta al dedo más largo de la izquierda, que es el lugar en que se debe quedar, sin olvidar asegurar la punta de la reata con el dedo chiquito, como se tiene advertido; porque si esto no se hace, al dar hilo para volar la lazada se suelta toda. Cuando se tiene que volver a armar lazada, se recoge la reata al revés, es decir, con la mano derecha se van tomando los trechos, depositándolos en la izquierda hasta llegar a la gaza para hacer la lazada prontamente, y sólo para aguardar a pie se hace dicha lazada desde sus principios grande, pues cuando se debe remolinear es mejor chica como de una vara, pues en las primeras vueltas del molinete se alarga lo que se quiera; y en caso de que se tenga que alcanzar se conserva chica para azotar con ella el caballo si se ofrece, y no se hace

el molinete ni se alarga hasta que se halle el lazador inmediato al objeto que trata de lazar, pues con cuatro o seis remolineos es bastante para que pueda tantearse y darle impulso.

Para lazar siguiendo también, es conveniente no hacer una lazada muy grande, sino cuando más de dos varas y media, porque tiene los inconvenientes de que no se puede despachar con fuerza, se dilata en cerrarse, y cuando cae muy bañada se traga a los animales (así se dice cuando les entra por la cabeza y les sale por los pies), o al menos queriendo lazar los cuernos del toro a lo *cochino*, del pescuezo, o a medio cuerpo.

REMOLINEAR.

El objeto de esto es acortar o alargar la lazada, y que al dar la vuelta se abra bien para que caiga bien extendida, y principalmente para darle impulso al arrojarla, lo cual se hace al instante que va a acabar una de las vueltas redondas que se han estado haciendo.

Cuando se va a manganear o apialar²², se hace el molinete de lado, dándole el primer impulso de abajo para arriba, inclinando el círculo que describe la lazada como a la cabeza del jinete, cuidando de no darle al caballo en la cara ni encuartarse uno mismo, para lo cual se observará que el codo quede cosa de una cuarta separado del cuerpo, y doblando el brazo para arriba vendrá a situarse la mano a la altura del hombro, separándola como una tercia o media vara de éste.

²² El autor se refiere a la acción de pialar. No es una falta de ortografía, sino el modismo de dicha actividad en el aquel entonces.

El primer impulso del molinete se da casi con todo el brazo; pero después ya sólo lo mantiene la mano con el juego de la muñeca, debiéndose esto de practicar sin mucho esfuerzo, procurando que el molinete sea suave y compasado, sin precipitar la vuelta ni dilatarla mucho, por lo que no se tendrá la muñeca ni muy tiesa ni muy flexible; ayudando con los dedos extendidos a abrir bien la lazada en caso de que se resista, y el fin de tener el brazo encogido en la postura indicada, es para que al dirigir la lazada con sólo estirarlo se le dé el impulso debido con la fuerza posible.

También se puede remolinear al revés dándole impulso en contrario a la reata; se observan las mismas cosas que para el lado derecho, y surte buenos efectos principalmente para manganas tiradas para atrás; pero se necesita más práctica para acertar los tiros.

Para remolinear corriendo detrás de algún animal se alza más el brazo para que el círculo se forme como cubriendo completamente al jinete, se hace arriba para dominar bien con la lazada al objeto que se va a lazar, y que aunque se vaya torciendo en la carrera no se estorben los movimientos del caballo, encogiendo lo posible el brazo antes de aventarla, para que al estirarlo se le dé bastante impulso y dirección a la lazada.

Es conveniente evitar lo posible remolinear la reata, porque cuando esto se anticipa mucho se entorpece el lazador para el manejo de su caballo, no puede ocuparse en azotar con la misma reata, y cuando llega el caso de tirar la lazada tal vez ya lleva el brazo rendido, y mucho más si ha crecido demasiado, pues como antes se ha dicho, con cuatro o

seis molinetes es suficiente para darle tamaño, abrirla y dar el impulso debido.

TIRAR LA LAZADA A LA CABEZA.

Para acertar mejor se debe el lazador acercar lo posible para no tener que darle mucho impulso a su lazada y tener siempre cuanta más reata le sea posible depositar.

A PIE. Cuando esto se practica sin remolinear y se trata de echarla por arriba, siempre se procurará tener dispuesta una lazada mediana, y al aventarla dirigirla avanzada cosa de media vara, si fuere el animal corriendo, como una cuarta si llevare menos velocidad, y cubriendo el objeto si va despacio o está parada. Si se quiere lazar por debajo, se avanza la lazada de igual modo, dirigiéndola de abajo para arriba, y que se presente delante del animal bien parada para que entrándole por la punta del hocico él solo se la embroque y quede abrochado del gañote.

A CABALLO. Esto mismo puede ejecutarse con mucha facilidad, y es una ventaja que se tiene sobre los que remolinean, porque estando dando el molinete sólo se puede lazar con acierto por arriba.

Cuando se trate de lazar a una res, será limpio y bien acertado un lazo siempre que se cojan los dos cuernos solos sin ofenderle los ojos ni las orejas, y para esto es indispensable una lazada regular que no sea muy grande, y al instante de verla abarcar los cuernos, templar la reata dándole un tirón con solo la mano para que se asegure en la parte que se trata de amarrar, cuya operación se debe de hacer siempre para evitar que la lazada siga abarcando más que lo que se quiere, o que en una sacudida de cabeza se

desprenda, y sobre todo que se la trague como se tiene antes dicho.

En caso de haberle caído la, lazada solo en un cuerno de la res, para no perder tiempo en armar de nuevo la reata, es conveniente tratar de ver como se le coge media cabeza, para lo cual se le ondea la reata, se le cambia dirección al caballo, y si se ha corrido la lazada y no tiene facilidad de abarcar más, se procura echarle un bozal o pasándole la reata por debajo del pescuezo o encuartarle una mano para detenerla provisionalmente y dar tiempo a que alguno de los compañeros la asegure o apiale²³.

MANGANAS.

A este ramo se han dedicado más los lazadores por ser más común divertirse en jaripeos; sorprender ver a varios sujetos exclusivamente estudiar una multitud de modos a cual más bonito y garboso de tirar la lazada, describiendo con ella diversidad de figuras y dándole efecto al presentarla, queda cogiendo las manos del animal de abajo para arriba, de derecha a izquierda, de atrás a adelante, o en direcciones contrarias.

Como estos modos son particularmente ejecutados, y contribuye para su acierto el estudio del sujeto y la mucha práctica, no me es fácil pormenorizarlos todos, porque cada individuo, según le es más fácil, aplica las manganas que le acomodan, y por esta razón me limito a explicar las muy conocidas y de fácil comprensión, que he podido conseguir de algunos amigos.

²³ Se refiere a palar al animal, de acuerdo con el modismo de aquella época.

PARA A PIE.

LA AURORA. Esta se echa a pie, y puede aplicarse para los dos lados: consiste su ejecución en que poniéndose con la espalda para el lienzo con la lazada tendida enfrente, al mismo tiempo de voltear sobre el pie derecho describiendo una curva con el izquierdo para dar frente al animal, se tira la mangana por el mismo lado que se gira, sin darle ningún efecto sino simplemente derecha y por abajo, debiendo ser la lazada mediana tendida en el suelo; se pisan con la punta del pie los dos hilos de ella, teniendo con la mano derecha templado el corredizo, se procura al echarla que caiga derecha y bien presentada frente a las manos.

EL PLAN DE AYUTLA. Se ejecuta a pie, sin remolinar, tendida la lazada para atrás del lazador, y al pasar la bestia se le dirige avanzada cosa de tres cuarta, dándole efecto natural para que describa un perfecto círculo que al acabar de dar la primera vuelta en el aire, azote afianzando las rodillas de abajo para arriba.

LA TARAVILLA. Así se le llama a esta misma mangana, cuando habiéndole dado efecto en contrario, se amarra en las manos del animal y cae cruzada, describiendo antes un óvalo verdadero.

LA REACCIONARIA. Esta se ejecuta a pie, y puede dirigirse a cualquier lado; pero se acierta mejor cuando el animal viene de izquierda a derecha, para lo cual el lazador se laza con la misma lazada, conservando la gaza para abajo, manteniéndola abierta con la pierna izquierda y el codo del brazo derecho tendido lo posible, para que al desprendérsela del cuerpo alzando la mano naturalmente para arriba, le sirva de impulso a la

vuelta única de molinete que se le da, y al mismo tiempo que se la quita, lace al objeto que se propone.

PARA A CABALLO.

LA AGUJA. Para esta se da el molinete al revés y se tira la lazada por detrás del jinete, bañando el anca del caballo, y que caiga al lado izquierdo tendida frente a las manos de la res, siendo indispensable para amarrar, voltear violentamente el brazo con la reata, a deshacer la vuelta inversa que se le dio.

LA CANASTA. Con el caballo de frente, se tira sin remolinear, procurando que la lazada quede extendida en el aire, dándole impulso para que continuamente esté formando un círculo sin cerrarse, entre tanto mete el animal las manos.

LA REVOLUCION. Se atraviesa un poco el caballo, mirando para donde viene la res, se echa como la aguja, para atrás, se remolinea al revés, y al tirar la lazada se le da efecto en contrario, para que tendida en el aire describa dos o tres vueltas con el movimiento inverso, y se asegure en las manos del animal al rendir la última vuelta que describa.

LA CANGREJA. Esta se aplica cuando pasa el animal de derecha a izquierda, y se aplica tirando la lazada para atrás, para lo cual se voltea el caballo con el anca para el lienzo, se remolinea al revés y se tira natural a que caiga parada a las manos sin que las azote.

LA PRUSIANA O POLKA POR ARRIBA. Es la misma polka en el modo de tirarse la lazada; pero se ejecuta siguiendo, y al emparejarse con el animal se le avienta la lazada por sobre el lomo, a que caiga bañándole el pecho y hocico por el lado contrario al que va el lazador, y al instante de tirarla se estira

pasando violentamente el caballo, abriéndose un poco.

LA TAPATIA. Esta mangana se aplica como la anterior, por arriba, con la diferencia que no se le da el impulso inverso a la lazada, sino que se tira únicamente derecha como con intención de lazarle al animal el hocico, azotándole el pecho para que afiance las manos.

LA ESPINA. Para acertar esta mangana se espera a que pase el animal de derecha a izquierda, se pone el caballo volteado con la misma dirección del lienzo para que al amarrar estire de frente; se remolinea la reata al revés, y al tirar la lazada se le da el impulso contrario al de la Polka, esto es, se voltea la mano para el lado de afuera, de modo que quede bañando el pecho del animal, y la gaza para arriba del círculo que describe.

LA INFALIBLE. Para esta mangana se voltea el caballo con el anca para el lienzo, se le laza la cabeza con la propia lazada, conservándola abierta un momento con la mano de la rienda, mientras que la derecha se avanza hacia adelante, y para el lado de subir sobre el pescuezo, al pasar el animal de derecha a izquierda, al mismo tiempo de quitarla al caballo, se avienta para atrás sin darle efecto ninguno, pues con sólo la vuelta que describe en este instante es suficiente para que caiga bien presentada; mas si se tira para el lado inverso, se procura que avance cosa de media vara adelante de las manos que se tratan de lazar, pues es aplicable con buen éxito también.

LA POLKA EN FUGA. De la misma manera que en las otras Polkas, se le da el impulso a la lazada; pero su aplicación es oportuna cuando viene el toro siguiendo al caballo, pues al sacarle la vuelta se le

avienta por debajo con intención de lazarle el hocico, y da buenos resultados con una lazada mediana, porque se maneja con más franqueza y no se encuarta al caballo. También se puede aplicar en este instante la Aguja, cuando se ha tenido tiempo de prevenirse.

LA SALVADORA. También se aplica en el momento de huir, y sin necesidad de darle efecto a la lazada, se avienta sólo dándole un medio molinete al dirigirla, se ejecuta para cualquier lado, tratando de echarla como azotando el pecho al animal, pues aunque no caiga completamente abierta, parada o extendida, siempre se aprovecha aunque sea *media*, y generalmente se coge la mano contraria, siendo preciso para acertar una lazada chica, o cuando más de vara y media.

LA CONTRIBUCIÓN. Esta se aplica de la misma manera que la *Espina*, con la diferencia que se ejecuta mejor corriendo, para cuyo efecto se abre el caballo, a que se empareje con la res para darle lugar a remolinear y tirar la lazada, la cual se impulsa al revés de la *Polka* para que también bañe de abajo para arriba.

PARA A PIE Y A CABALLO.

LA CRINOLINA. Esta se echa a pie o a caballo, pero sin remolinear: para su ejecución se hace una lazada mediana (como de vara y media) y en la reata se atraviesa una varita chica en la gaza para conservar la abierta, se avienta un instante antes de pasar el animal, dirigiéndola arrastrada por el suelo como para encontrarlo, dándole un corto efecto natural para que se mantenga la lazada describiendo una vuelta completa: al ver entrar en ellas las manos, se alza el brazo violentamente para que las amarre,

pues si se dilata esta operación, generalmente se cogen tres pies.

LA POLKA COMUN. Así se le llama a la inversa de la anterior, y como ella, admite ejecutarse a pie o a caballo, y sin remolinear; pero no se puede aplicar mas que por el lado derecho (cuando el animal corre de izquierda a derecha), y consiste su ejecución en que al tirar la lazada quede la gaza abajo, para lo cual se inclina la mano violentamente para el lado izquierdo con el fin de que la lazada se tienda y presente a las manos del animal, describiendo su círculo de abajo para arriba, tratándose desde luego de amarrar, porque se dilata menos en correr y asegurarse.

LA VIEJA O LA SIEMPREVIVA. El modo de ejecutarla es el más sencillo, pues se reduce a tirar naturalmente la lazada parada enfrente de las manos del animal cosa de una cuarta de avanzada, procurando que quede lo más abierta que se pueda, y que cubra del pecho para abajo sin que azote la reata en las rodillas, y al instante de que se vean entrar las manos se alza el brazo para arriba, templando la reata para amarrarlas y estirar, cuyas operaciones se harán con la mayor prontitud.

Muy propiamente se aplica a esta mangana el nombre de *Siempreviva*, porque tiene sobre las demás las ventajas siguientes: que se puede echar con lazada grande y chica, preparada adelante o atrás, a pie o a caballo, dando molinete o sin remolinear; que se tira para cualquier lado, es decir, lo mismo es que venga el animal de derecha a izquierda, que viceversa, o que tome laterales (principalmente estando a pie) cambiando rumbo, pues para cualquier parte se puede dirigir; que es aplicable hasta con los

pies y mano zurda; y por último es la más violenta de practicarse sin mucho estudio ni tener que dar efectos, y por lo mismo la que generalmente se acostumbra.

También algunas de las otras se ejecutan a pie; pero son muy difíciles de practicarse.

APIALAR.

Para esto se practica lo contrario que en las manganas, porque como no hay espacio en que avanzar la lazada, es de necesidad tenderla contra las corvas del animal, y que le caiga enredándosele para que se amarre al tiempo que ande o recule, estando listo para apretar la lazada, aunque sólo sea media (que sólo haya cogido un pie) si arrabiatarse detrás del animal, sino darle el lado procurando arrimarse lo posible, tirar la lazada cuando se atraviesa enfrente del caballo, para amarrar y sacarle prontamente, y en caso de ir siguiéndolo para tantearse, se procurará cortar el círculo que va describiendo cuando lo tienen amarrado de la cabeza, sin cargársele sobre ella para evitar una arrendada o manteada con la reata. También se puede echar un peal con modo inverso, es decir, no tirando la lazada de derecha a izquierda, sino al revés, que azote las corvas de izquierda a derecha, y para esto es conveniente una lazada regular y bastará de una y media a dos varas, pues cuando es más grande se dilata mucho en amarrarse, y entre tanto se chispan los pies.

Cuando la res se presta a arrimársele, o por estar haciendo fuerza se está quieta, para no perder tiempo conviene echarle un ***para dos***, es decir, se le amarran los dos pies así sobre parada ya con la misma lazada,

pasando la reata, o con sólo la punta echarle un nudo corredizo, procurando que siempre queden los pies atados más abajo de las corvas.

También pueden cogerse los pies echándole una San Pableña; este lazo se hace formando una lazada que abarque todo el cuarto trasero hasta abajo de las corvas, sacando el caballo con dirección a la cabeza, pues al defenderse del estirón se laza sólo la res de las verijas, entonces se le da un ondeón a la reata y quedan cogidos los pies. Esta San Pableña, se usa más generalmente para llevarse andando una res que se atranca al estirla de la cabeza, con la diferencia que se hace más chica la lazada para que no baje de las corvas, sino que sólo coja las nalgas y cuadriles del animal, procurando estirar al mismo tiempo los dos que la lleven.

AMARRAR A CABEZA DE SILLA.

Hoy que se usan las cabezas de las sillas grandes, no se chispa de ellas con tanta facilidad la reata aunque esté dura, y por lo mismo para no perder tiempo y resistir un tirón violento de mangana, o para dar la primera potreada a un animal que se ha lazado de la cabeza, bastará sólo dar una vuelta entera con la reata a la cabeza de la silla, haciendo que la vuelta de arriba ahorque o encime sobre la de abajo, para evitar llevarse los dedos con la reata. Si el tirón fuere de frente, la mano que sostiene la fuerza de la reata, se alzaré como una cuarta arriba de la cabeza de la silla, apretándola con los dedos cerrados inclinados al pecho y en caso de que se corra la reata, que sea por el pulpejo de abajo de la mano. Si el tirón fuere para atrás, se lleva también como una cuarta de distancia, inclinándola para abajo con dirección a la espaldilla

del caballo, resistiendo la fuerza con el pulpejo²⁴ de arriba de la mano o nacimiento del dedo gordo; pero nunca se resistirá sólo con los dedos.

Cuando se trata de sostener el tirón algún tiempo, o de seguir potreando, desde luego de haber dado el primero, se dan dos vueltas a la reata, y si es delgadita hasta tres, con el objeto de no volverse a ocupar esta operación y dedicarse a las demás, como cuidar de no encuartarse, de acomodar el caballo, de escaparse de una seguida, etc.

Por ningún principio se debe amarrar la reata desde antes de estirar, en la forma que llaman **amarrar a muerte**, remachando la punta de la reata de una manera que no se desate, porque se expone el lazador a mucho riesgo, y es una barbaridad, pues puede acontecer una encuartada del caballo, una manteada a éste o al jinete, un estirón atravesado, etc., etc., pues aun cuando se traba en la campana del fuste por haberse roto e inutilizado la cabeza, siempre se procura que quede la reata corrediza, para lo cual se pasa la punta de afuera para adentro, dándole una vuelta entera a dicha campana, y después se pasa la punta sobre o debajo de la parte de la reata restante, para que al tirón se ahorque una con otra, procurando siempre tener un buen pedazo de reata sobrante para resistir sin soltarla, una corrida, y que en caso de una desgracia, que violentamente se desprenda.

²⁴ Según RAE:

- a) Parte carnosa y mollar de un miembro pequeño del cuerpo humano, y, más comúnmente, parte de la palma de la mano de la que sale el dedo pulgar.
- b) Sitio blando y flexible que tienen los cascos de las caballerías en la parte inferior y posterior.

AMARRARSE PARA ESTIRAR A PIE.

Esto sólo se debe ejecutar cuando se trata de es tirar, sentándose o acostándose y el modo de amarrarse es el siguiente: se da una vuelta con la punta de la reata a que abarque los dos cuadriles y quede como a medias nalgas, se hace un medio nudo algo apretado y que quede sobre el empeine, y la punta sobrante de la reata que deberá ser cuando más de una cuarta, se le da de vueltas con la otra y se asegura con la mano izquierda para que no se destuerzan, manteniendo con los dos primeros dedos el resto de la reata recogida, mientras que con la derecha se ejecuta, la cual se trae al instante de estirar para ayudarle a la izquierda al tiempo de resistir.

ESTIRAR CON LA REATA.

A PIE METIENDO EL CUADRIL. Puede usarse de cualquiera de los lados del cuerpo, pero el más común y firme es resistir con el cuadril izquierdo, para lo cual se afirma contra él la mano izquierda un poco cargada para atrás, apretando bien la reata, se adelanta el pie derecho cosa de dos tercias o tres cuartas para atrancarse con esa pierna; la mano derecha se despega del cuerpo teniendo también la reata cosa de una cuarta para alzarla o bajarla, según sea la dirección del estirón, y con sólo doblar un poco la corva de la pierna izquierda, quedará el cuerpo echado para atrás al instante de hacer la fuerza, procurando siempre resistirla, teniendo bien atrancada la pierna derecha, y en caso de una cambiada sólo se girará el cuerpo andando el pie izquierdo, para que al tiempo de estirar no vaya a

resistirse de frente o andando, pues en este caso es un golpe furioso el que recibe el lazador.

ESTIRAR SENTADO. Esto se ejecuta cuando se desconfía de poder sostener un estirón a cuadril, o se trata de tener amarrado al animal para que no se vaya; para el efecto se amarra la punta de la reata en los cuadriles, como antes se ha dicho, y para sentarse se dobla la pierna izquierda completamente, de manera que la pantorrilla quede arriba de la corva de la derecha, y ésta se conservará tirante, atrancada con todo el pie, volteando la punta de éste hacia dentro para que afirme y la espuela no estorbe u ofenda: de la misma manera se conservará el pie izquierdo, para que en caso de una arrastrada no se cambie la posición, sino que sobre la pierna y nalgas se vaya manteniendo sentado el lazador, procurando conservarse en línea recta con la reata para que apoyándose en ella misma se pare fácilmente en caso de necesitarlo.

ACOSTADO. Se practica lo mismo que para estirar sentado, con la diferencia que se procura dar el estirón por un lado, para lo cual se voltea un poco la reata amarrada a que quede su remache en el cuadril y se procura resistir con todo el cuerpo acostado del lado contrario.

Este modo tiene el inconveniente de que cuando no se calcula bien la dirección del animal para estirar a línea la reata, se sufre una bárbara volteada y no es muy fácil pararse en caso de que precise hacerlo.

A CABALLO. Siempre se procurará estirar o de frente o para atrás, evitando resistir un estirón atravesado, para lo cual si fuere de frente, tan luego como se amarre, se endereza el caballo, se le tiempla la rienda para que afirme los cuartos traseros, se

apoyan los pies contra los estribos, y echando el cuerpo para atrás se equilibra el estirón a la silla para que no se clave.

Esto mismo se practica cuando se detienen a algún animal que se ha ido siguiendo, procurando desde luego seguir andando, asegurar el amarre de la reata y prevenirse a evitar las partidas, o dar chiflonazos, sin darle tiempo al animal a que él los dé, para lo cual se le está sacando el caballo, y que éste sea el que tiemple la reata, conservándolo lo más abierto que se pueda para que al estirar sea cogiéndolo atravesado para que su peso y fuerza sea mucho menos.

Cuando acontece tener que defender de frente corriendo en una cuesta abajo, es indispensable para evitar una volteada del caballo o una desenvainada de la silla, que al sentarlo, sosteniéndolo fuertemente de la rienda, el jinete se le siente también en las ancas para equilibrarlo, lo cual debe practicarse con mucha prontitud, apoyando el pie izquierdo en el estribo y soltando el otro para pasarse con franqueza, habiéndole antes dado a la reata siquiera dos vueltas a la cabeza de la silla para que no se corra, llevando la mano derecha para atrás bien separada, y si es posible, apretarla contra el cuadril o la teja.

Si se estira para atrás, se procurará hacerlo lo más corto que se pueda para que haga mejor tiro el caballo, cuidando de que no se encuarte un pie o una mano, ni que la reata atraviese al jinete en la cintura, y al instante de estirar se equilibra el cuerpo en el caballo echándole adelante y afirmando los estribos, principalmente el izquierdo, porque generalmente se suelta el derecho para echar el cuerpo al lado contrario y que la mata azote sobre el muslo. Si se ofreciere estirar los pies para tirar alguna res, es

conveniente, después de acortarse, llevársela estirando derecho hasta acostarla, sin permitirle corvear para que no se suelte, y el que tuviere la cabeza deberá sostener un poco su reata, para que haciéndolo largo se desequilibre y caiga, debiendo desde luego rendirlo para que quede tendido, y acortándose ambos cuanto más puedan, conservarán sus reatas templadas siguiendo la dirección natural de los miembros del animal, teniendo sus caballos de frente para sentarlos al impulso que hiciere, o para atrás, listos para estirar en cualquier movimiento.

Aunque lo más violento es sacar por un lado el caballo y darle a la res un chiflonazo, se maltrata muchísimo con eso, pues da un furioso golpe, generalmente se descuernan, y cuando solo se les queda prendida la reata en un pie, se desbabillan, y mucho más si es el del mismo lado que se les chiflonea.

A LOS LECTORES.

Como en mi concepto este Manual es el primero de su género que sale a la luz pública, creo que debe carecer de algunas más explicaciones que también podrán sentarse como reglas, y como mi fin es el que sobre ***colear y lazar***, tengamos una obra que llene en lo posible su objeto, invito a todos los señores que gusten ilustrarme con sus luces, y dejo abiertas mis páginas para que ayudándome con sus conocimientos quede este tratadito corregido y aumentado.

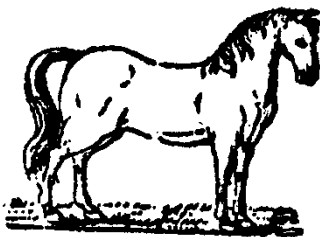
RECUERDOS

DEL

CHAMBERIN,

260

Breve relacion de los hechos mas públicos y memorables de este noble Caballo, escrita por Luis G. Inclán, quien tiene el honor de dedicarla á sus numerosos Amigos.



MEXICO: AÑO DE 1860.

IMPRESA DE INCLAN.

PROLOGO

Habiéndose hecho muy notable en esta capital y demás partes donde anduve, mi caballo llamado El Chamberín, por su destreza en las travesuras del campo, perfecta mansedumbre y otras gracias particulares, tuvo muchos aficionados y se ganó mil simpatías, hasta el grado de que cuando murió, al recibir mis amigos las esquelas de su fallecimiento exclamaban al leerlas diciendo: “¡Pobre Chamberín! ¡qué lástima de caballo! ¡qué bueno era!” y otras cosas por el estilo, y les ofrecí escribir una relación de los hechos en que se singularizó.

El Chamberín fue criollo de la hacienda de Nalvarte, habiéndolo comprado en cinco y medio reales; y vino a dar a mi poder desde potrillito de dos meses, 23 días.

Una casualidad de las que comúnmente acontecen en el campo hizo que El Chamberín, sin necesidad de freno, lo manejara yo, pues al lanzarlo en el potrero se le enredó la trabita y gaza de la reata en las crines, y de ellas recibió muy fuertes potreones, hasta el grado de arrancársele algunas, y quedó de esta parte tan dolorido que jamás se le olvidó, y aunque estuviera muy caliente o fuera corriendo con toda pujanza, al estirársela y gritarle de un modo particular que yo le enseñé, se sentaba y arrendaba tanto o mejor de la rienda, con la circunstancia de que sólo a mí me obedecía, y por esta particularidad gané en Balbuena una apuesta de cerca de mil doscientos pesos.

Varias ocasiones me libró de haberme matado, de que me extraviara en la sierra y de que me robaran, y también salvó a varios de mis amigos, habiéndome

servido constantemente en cuanto quise por largos veinticuatro años.

Sólo he querido mencionar los hechos que fueron más raros y notables, los cuales presenciaron casi todos mis amigos, para quienes escribo estas páginas.

En esta inteligencia, no encontrarán aquí la heroicidad de Bucéfalo, la intrepidez de Babiaca, ni la ligereza de Vallardo, etc., que se hicieron históricos en diversas épocas, sino únicamente hechos de agilidad, de nobleza y de un instinto precoz que adornaron al Chamberín; circunstancias naturales de nuestros caballos criollos, que en todo pueden competir con los mejores de otras naciones, y que por la abundancia que hay de caballos buenos, con abandono casi criminal, vemos con diferencias sus bellas cualidades, pues en clase de ligeros han abundado y abundan muchos que se han distinguido, como el *Yo solo, el Chato, el Pardo, el Pito*, etc. y en cuanto a buenos para el campo son incontables pues bastará para probar mi aserto recordar al *Burro, el Cabrito, el Coyote, el Clarín, el Traguito, el Cambray, el Coral*, etc., etc., y diariamente aparecen otros tan buenos como los anteriores, v. g., *el Cenizo, la Princesa, el Tapatío, el Carbonero, el Juguete, el Mirabién, el Vaciero, el Merengue*, etc., etc. La sucinta relación del Chamberín será tal vez aquí la única en su género, y siento sobremanera carecer de los tamaños propios de un buen escritor, para haberla adornado con las elocuentes voces en que abunda la poesía; todo lo contrario hay en ella, pues he tratado de compendiarla y escribirla con palabras del dialecto ranchero que es el único que conozco, pues jamás he estudiado y por lo mismo creo que tiene muchos

defectos; pero la bondad de mis amigos los disimulará, recibiendo gustoso este obsequio.

RECUERDOS DE EL CHAMBERIN

Siempre el caballo ha logrado
un lugar muy distinguido,
y entre los brutos ha sido
el más noble que se ha hallado.
Los Reyes no han desdeñado
hasta el establo bajar,
y allí las crines trenzar
al corcel en que montaban,
porque en él tal vez confiaban,
gloria y honor alcanzar.

Vemos²⁵ hechos memorables
de agilidad y destreza,
de heroicidad y nobleza
de caballos apreciables,
se han hecho recomendables
en los campos y ciudades;
en todos tiempos y edades;
y esto me anima por fin,
a hablar de mi Chamberín
recordando sus bondades.

En Nalvarte y en el día
siete de julio de treinta
nació, según hago cuenta
de una yegua que tenía
Tío Miranda, que **allí hacía**²⁶
de Mayordomo actualmente
y el padre fue justamente

²⁵ 3ª Edición “Varios”.

²⁶ 3ª Edición “que servía”.

de la Piedad donde había
ligeros que Chavarría²⁷
tuvo de²⁸ raza excelente.

Dos meses tenía de edad,
cuando una tarde lazando
y toros bravos probando,
estábamos en verdad;
quiso la fatalidad
que el que Miranda lazó,
por desgracia lo encuartó
cogiéndolo atravesado,
le partió sobre tirado
y la yegua le mató.

Quedó solo el caballito
muerto de hambre y enroñado;
ya se moría de amuermado
cayéndose de flaquito.
Así compré el potrillito
en cinco y medio que di
y aunque no me arrepentí,
el mayordomo decía:
grande negocio a fe mía,
muy bien el cuero vendí.

Al momento con salvado,
leche, berros, nixtamal,
agua blanca y pan con sal,
se puso más animado.
Entonces bien trasquilado

²⁷ Del Mayorazgo de Guerrero. Nota del autor.

²⁸ 3ª Edición "1a".

cargado me lo llevé,
en mi cuarto lo instalé
y allí conmigo dormía;
me extrañaba y me seguía
y yo mismo lo curé.

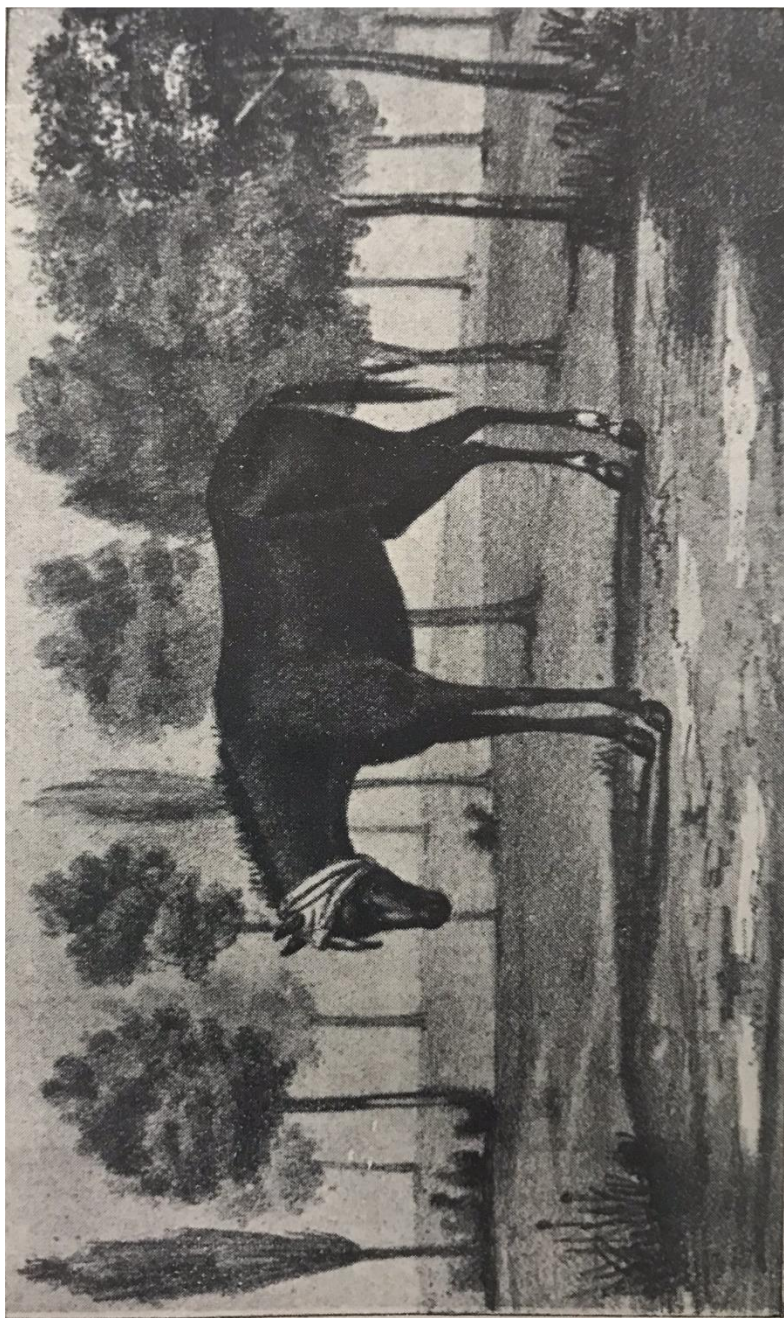
Al mirarlo entrapajado
enfermo y muy achacoso,
con todo el lomo roñoso
y de yerba mora untado,
se reían de mi cuidado
y hasta me compadecían;
mil apodos le ponían
y mi padre dijo un día
que un Chamberín²⁹ parecía
y así todos le decían.

Como tanto lo cuidaba,
a poco tiempo engordó,
muy bueno y sano quedó,
y todo el día retozaba;
a las criadas acosaba,
y mil maldades hacía;
a la cocina subía;
so robaba las verduras,
roía trapos y costuras
y por la sala corría.

Se entró al comedor un día,
la tohalla y mantel mascó,
y entre ellas se decretó,
pegarle cuando salía-

²⁹ Bizcocho grajeado de los indios. Nota del autor.

El Chamberín de dos meses de edad



Se arman con algarabía
de palos, lazos y escobas,
se vienen sobre él las bobas
y él se defendió a patadas,
las siguió a las manotadas,
mordiéndolas casi a todas.

Esta chistosa ocurrencia,
hizo luego respetarlo;
mas se ponían a torearlo
los chicos a competencia
y por una inadvertencia
de un muchacho que alcanzó,
mi padre el toreo prohibió
porque el potrillo enojado,
lo puso muy aporreado
y hasta lo descalabró.

Catorce meses contaba
y no se podía aguantar
la guerra que sin cesar
en toda la hacienda daba.
Un día que ausente me hallaba,
porque quebró una la vidriera,
mi padre ordenó que fuera
para el monte desterrado³⁰
entre las yeguas soltado
y a sus anchuras creciera.

Cuando en treinta y tres se trajo
ya vino a dar muy distinto,
de hermoso color retinto

³⁰ En el rancho del Fraile, en Ajusco. Nota del autor.

muy soberbio y muy relajo.
Nos costó mucho trabajo
el llegar a enjaquimarlo,
era fuerza manganearlo
para poderlo ensillar,
se viciaba en reparar
cuando llegaba a montarlo.

Una vez no tuve humor
de estarlo tanto aguantando,
conforme iba reparando
lo cuereaba con rigor,
y le infundí tal temor
que por más que lo buscaba
conmigo no reparaba:
mas si otro en él se subía
y tirarlo no podía,
en el suelo se azotaba.

Desde entonces con intento
sin precaución lo ensillaba,
a mi gusto lo apretaba
sin tenerle miramiento;
en él me subía al momento
ni siquiera se encogía,
volteaba luego, me olía
y andaba inmediatamente
un paso llano excelente
sin madrina ni otro guía.

Seis cuartas siete pulgadas
tenía de alto su estatura,

de *despreciable*³¹ figura,
grande encuentro, dos espadas,
orejas desparramadas
ancha nariz, cuenca hundida,
ojos vivos, crin crecida,
corta carona y cenceño
buen casco patimuleño
dosalbo y anca tendida.

Con el pescuezo estirado
era muy bobo al andar,
no le gustaba parar
y todo lo iba mirando;
mas si acaso sujetando
uno llevarlo quería,
la cara alzada ponía
e inquieto y fogoso estaba,
en el bozal se cargaba
porque mucho brío tenía.

Suelto estaba en el potrero
y fuimos cuatro a lazarlo;
fue preciso arrinconarlo
porque era muy carretero;
le tiró un lazo el vaquero³²
pero no se lo acertó;
mas la gaza se enredó
en las crines de tal suerte
que aguantó un tirón tan fuerte
que en el suelo lo³³ azotó.

³¹ 3ª edición "de una regular".

³² Pedro Esquivel. Nota del autor.

³³ 3ª edición "la".

Como no se sentía ahogado
libre se consideraba
y de la crin se potreaba
furioso y desesperado;
un gran mechón fue arrancado
y el cuero descalentó;
se hizo llaga y luego echó
nuevo pelo más oscuro,
y de esta parte seguro
muy resentido quedó.

Siempre presente tenía
esta gran casualidad
porque con mucha bondad
de la crin obedecía;
ninguna falta le hacía
jáquima, bozal ni freno,
y así suelto era tan bueno
que jamás se desbocaba;
yo lo corría y arrendaba
en cualquier parte o terreno.

Desde falsa lo metía
continuamente a lazar
a brincar, correr, colear
a todas horas del día.
Era liviano y seguía
con muchísima afición
y en tanta continuación
adquirió tan buena escuela
que sin cuarta y sin espuela
cumplía con su obligación.

Daba gusto manejarlo
en el lienzo o en³⁴ el potrero
y como aún estaba entero
un día me puse a castrarlo;
muy pronto llegué a enfrenarlo;
dos riendas le emparejé,
en todo lo ejercité
y a diligencia bien poca,
sacó buen gobierno y boca
y mil cosas le enseñé.

A las reses manoteaba
cuando las veía tiradas,
las mordía o a las patadas
al punto las levantaba;
si acaso estirando estaba
sólo se podía quedar:
sin moverse ni aflojar
la reata tenía templada,
y con la rienda atacada
no cesaba de jalar.

A mi voz obedecía
todo cuanto le mandaba
las manos luego cruzaba,
se agachaba, se reía,
daba el pie si se quería
y hasta las puertas tocaba.
Con mucho compás marchaba
pies y manos levantando
con el cuello encapotando
hasta la atención llamaba.

³⁴ 3ª Edición falta “en”.

Si un extraño lo montaba
iba inquieto gorbeteando,
sobre las manos trotando
que ni el diablo lo aguantaba;
mas si a una señora llevaba
todo lo contrario hacía,
de su tranco no salía
y el paso llano asentaba,
por nada se alborotaba
y hasta flojo parecía.

Fui a Púcuaro destinado
y en mi caballo marché,
grandes jornadas eché
por camino muy quebrado,
en aquel país escarpado
donde anduvo sin cesar
jamás se llegó a despiar
en siete años justamente
que estuve en tierra caliente
trabajando sin parar.

Dispuso el amo dejarme
una grande temporada
viviendo en tierra templada
porque no fuera a enfermarme.
Como él mismo al destinarme
grande aprecio me mostró,
su administrador creyó
tener en mí *una*³⁵ espía
me amolaba noche y día
y de aburrirme trató.

³⁵ 3ª Edición “un”.

Para el Jacal Colorado
de la hacienda bien distante
te trojero y sobrestante³⁶,
fui a dar semidesterrado.
Allí en la troje alojado
cuidé toda la trilla
a un lado mi cama y silla,
y al otro mi Chamberín,
siete meses porque al fin
se concluyó la Gavilla.

De día y de noche se estaba
conmigo *continuamente*;³⁷
lo cuidaba diligente
y mucho lo acariciaba;
por allí suelto se andaba
y si ensillar lo quería
al ver el freno partía,
brincando los matorrales
y si había otros animales
los dejaba y se venía.

Por fin no pude escapar
de los fríos que me dieron
y tanto me sacudieron
que no me podía parar;
mi caballo sin cesar
inquieto entraba y salía,
se arrimaba, me lamía,
no sé si también lloraba,
pero sí que triste estaba

³⁶ 3ª Edición “sobrestante”.

³⁷ 3ª Edición “constantemente”.

por los extremos que hacía.

También de fríos enfermó
y como yo se cernía,
poco andaba, no comía
y muy quedó;
muchas veces sucedió
que a un tiempo nos sacudieron
y que andando nos cogieron
por el campo o el camino
y como a mí, con quinino
a darle nunca volvieron.

Rara vez andaba armado
y extraño les parecía
hasta que vieron un día
porque era yo tan confiado.
Estaba en Tuxpan sentado
mirando el tianguis de allí
y un grupo luego advertí
que con gresca y chanzonetas,
me echaban mil indirectas
haciendo burla de mí.

Llegaron a fastidiarme
y me fui muy enojado
bien presto volví montado
y siguieron a insultarme;
desde luego al acercarme
otros léperos se unieron
mucha más mofa me hicieron
y aunque yo llevaba reata
solo previne mi cuarta
y al verla todos se rieron.

Entonces sin más hablar
sobre el montón me arrojé,
a tres de ellos derribé
trillándolos al pasar,
otros dos llegué a alcanzar
y los demás se escondieron,
a los cinco que cayeron
bien caro el cuento costó;
mi caballo los pateó
y muy golpeados se fueron.

Del día del santo patrón
que es el Apóstol Santiago
algunos recuerdos hago
de tan clásica función.
Son tres días de diversión
que hace el pueblo y hacendados
y aunque con toros prestados,
juegan distintas corridas,
son todas muy concurridas
y toorean aficionados.

En el primer día metieron
ocho toros muy grandotes,
que de allí, de los Mogotes,
algunos rancheros dieron;
al momento *en*³⁸ que me vieron
se empeñaban a que entrara
a la plaza, y que toreará,
y aunque yo iba de catrín
me *meti*³⁹ en mi Chamberín

³⁸ 3ª Edición falta “en”.

³⁹ 3ª Edición “monté”.

para que no se me instara.

Les causaba admiración
al⁴⁰ verme estar en la plaza
y conocí que mi traza
les llamaba la atención;
mas con segunda intención
me puse a estar sólo huyendo
y mucho miedo fingiendo
hasta ver qué tal lo hacían
los que allí más presumían
y de mi se estaban riendo.

A un tal Ramírez D. Diego
aplaudían con mucho ardor
y era el primer picador;
sin más regla ni sosiego,
al encontrar corría luego
a picahuye pasando,
la garrocha al aire alzando
haciendo tres mil piruetas
que tenían por galanetas
y lo estaban festejando.

En una de esas pasadas
el caballo sofrenó
y el toro *me*⁴¹ lo alcanzó
y le dio buenas cornadas.
Al ver tantas chambonadas
me resolví a divertir,
y más cuando vi salir

⁴⁰ 3ª Edición “el”.

⁴¹ 3ª Edición “se”.

un toro pinto manzano
muy partididor, muy liviano
y que a todos hizo huir:

Entonces entusiasmado
con mucho aplomo y sereno
lo piqué a puente de freno
según me habían enseñado;
jugó limpio y no cargado
hasta que al fin se salió⁴²;
muchas varas recibió
y tan acosado estaba
que ni a la capa le entraba
sino⁴³ que se embarreró.

En los toros que siguieron
tres de ellos banderillé,
otros dos sólo colié⁴⁴
y muchas galas me dieron.
También jinetear me vieron
y en esas justas por fin
fui el único paladín
que en aquel circo luchó
y el primer lugar logró
gracias a mi Chamberín.

Se estaba firme al picar,
para capotear se abría
bien, se cerraba y partía

⁴² 1ª Edición “no me salió muy cargado
“y aunque al cabo se salió”.

⁴³ 1ª Edición “y pronto”.

⁴⁴ 3ª Edición “a los otros dos colié”.

cuando iba a *banderillar*⁴⁵
pasaba fuerte al colear;
para lazar se tanteaba,
la música lo alegraba,
y estaba listo y contento,
pues al menor movimiento
solito se disparaba.

El segundo día trajeron
de Cabémbaro el ganado
muy brioso, grande y alzado
y lo mejor escogieron;
entre todos me eligieron
para ordenar la corrida,
formé cuadrilla enseguida
y esa tarde entré de payo
montado en mi buen caballo
de fama tan merecida.

El primer toro piqué
y en una de sus entradas
las riendas vi reventadas
al instante las tiré.
Muy grane sorpresa fue
el verme seguir toreando
sin ellas y manejando
a mi noble Chamberín
solamente de la crin
dos mil aplausos ganando.

Por fin la tercer corrida
de Ocurio la remitieron,

⁴⁵ 3ª Edición “banderillear”.

hermosos toros trajeron
y estuvo más concurrida;
la gente muy comprimida
en los tablados trepó⁴⁶,
uno de ellos se cayó
cuando menos se esperaba⁴⁷
el toro que cerca estaba
abrió claro y se escapó.

En un callejón, armado
furioso se defendía,
cinco o seis reatas tenía
que a varios había quitado,
a dos caballos matado
y a otra porción herido,
porque se habían atrevido
en callejón tan estrecho
a⁴⁸ acercársele derecho
y quebrar no habían podido.

Por último yo llegué
y en lance tan arriesgado
en mi caballo confiado
reculando me acerqué;
al partirme lo lacé
sin que alcanzarme pudiera,
solito lo saqué fuera
y gritaban con empeño
“viva, viva el arribeño;
su caballo es de primera.”

⁴⁶ 3ª Edición “en las tablas se trepó”.

⁴⁷ 3ª Edición “y” al principio por error.

⁴⁸ 3ª Edición falta “a”.

Desde esa vez cuando había
las corridas o herraderos
rodeos, o bien capaderos
yo el primero concurría;
siempre el Chamberín lucía
siendo pues muy codiciado,
en todo Quencio alabado
por ligero y por liviano;
bueno en el cerro y en el llano,
constante y bien educado.

En Cóporo, llamado el Fuerte,
fuimos a echar recogida
y ese día debí la vida
a mi caballo, de suerte
que sentí el frío de muerte,
pues tras de un toro corriendo
a un precipicio iba yendo
y aunque mil voces me daban
entendía que me animaban
y afanoso iba siguiendo.

Ya el toro tenía lazado
cuando una maroma dio
y a mi vista se *volteó*⁴⁹
por allí desbarrancado;
solté la reata asustado
queriéndome detener
y helado me quedé al ver
que la tierra me faltaba
y que ya el caballo estaba
inmediato a descender.

⁴⁹ 3ª Edición “perdió”.

Cóporo, 19 de septiembre de 1835



No sé lo que en mi pasaba,
porque al juzgarme perdido
casi quedé sin sentido
y sólo a Dios invocaba;
frenético me abrazaba
del Chamberín fuertemente
y entonces violentamente
en los dos pies se apoyó
y muy veloz se volteó
volviendo rápidamente.

Todos los que me gritaron
me creían desbarrancado
hecho pedazos, matado
y hasta mi alma encomendaron;
muy azorados llegaron
y al ver que me había librado
decía el caudillo asustado
lloroso y enternecido
“¡hay amito, hoy ha nacido;
su caballo lo ha salvado!”

Después a ver nos bajamos
al toro que se mató,
mas de cien varas rodó
y cerca del río lo hallamos.
El riego consideramos
que tan grande había corrido,
pues un milagro había sido
el que Dios conmigo obró
porque él solo me libró
de haber allí perecido.

En otra vez caminaba
viniendo en Tlalpujagua,
me cogió una manga de agua
cuando la sierra pasaba;
la tormenta me acosaba
el agua caía a torrentes,
derrumbaba las pendientes
y en esto se anochecía,
yo el camino no sabía
ni hallaba a mis pendientes.

Perdido anduve encumbrado
cuatro horas sin encontrar
algún punto en que parar,
ya cayendo y levantando,
adentro me fui internando
en un tronco me arrimé
y allí empapado aguardé
hasta que me amaneciera
seguí andando y ni siquiera
vereda o rastro encontré.

Lluvioso se siguió el día
y al ver tanto laberinto
me confié sólo al instinto
que mi caballo tenía;
venteaba y reconocía
los puntos que atravesaba,
con tal acierto olfateaba
y anduvo con tan bueno tino
que a las doce halló el camino
que muy distante se hallaba.

A Tajimaroa llegamos
muertos de hambre, desvelados,
hasta los huesos helados
y allí por fin descansamos.
Cuando en salvo nos hallamos
calculé con fundamento
que seis o más leguas *dentro*⁵⁰
de la sierra, anduve errante,
pues en quince horas constante
no paré un solo momento.

Si amansar me proponía
alguna bestia cerrera,
el Chamberín tan sólo era
el que de madrina hacía,
riendas largas le ponía
y a la cola le amarraba
el animal que montaba,
que aunque fuera reparando
con empeño lo iba guiando
y nunca me lo encuartaba.

Si se me ofrecía cazar
de manpuesto lo ponía
y de sancho me servía,
muy quieto hasta el disparar;
si montado iba a tirar,
la escopeta le enseñaba
y al momento se quedaba
cual si estacado estuviera:
no se meneaba siquiera
hasta que el tiro pasaba.

⁵⁰ 1ª Edición “adentro”.

Con una vez que anduviera
vereda o camino real,
lo aprendía con gracia tal
que aunque el tiempo se corriera
lo reconocía cuando era
preciso volverlo a andar;
lo mismo hacía si vadear
algún río se ofrecía,
los pasos muy bien sabía
y era intrépido al nadar.

Todos de él se enamoraban
luego que lo conocían,
porción de ofertas me hacían
y mil cambios se sacaban.
Cuando menos lo esperaban,
para México volvimos
y en siete años que estuvimos
en toda tierra caliente
y tierra fría, fue patente
la fama que conseguimos.

La mejor reputación
también aquí se adquirió,
pues siempre se distinguió
en cualquiera diversión;
mucho mas cierta ocasión
en que una apuesta gané,
porque muy pública fue
su destreza y su maestría
y admirados ese día
a más de cuatro dejé.

En esta Ciudad estaba
un español muy mentado,
comerciante y hacendado
y que en todo especulaba;
muy vanidoso montaba
un lindo caballo grullo;
que no había otro como el suyo
para el campo sostenía;
lo escucharon y no había
quien le quitara su orgullo.

Empeñado en encontrar
quien sirviera de contrario,
puso un anuncio en el Diario
retando para colear
al que quisiera apostar
por todos estos terrenos,
quinientos pesos lo menos,
pues su caballo era diestro
y de Tierradentro el maestro
de muchos caballos buenos.

Diariamente circuló
ese singular aviso
y aunque grande furor hizo
ninguno se lo aceptó.
Hasta sus oídos llegó
la fama del Chamberín
y un día, estando en un festín
en el gran Baño de Sol,
me provocó el español
y el falso le cogí al fin.

Como tanto ponderaba
de su grullo la maestría
yo impávido sostenía
que a maestro el mío le ganaba;
por último, que le daba
los partidos que quisiera
tan sólo porque admitiera
el que como el mío coleara
el grullo, me lo imitara
de la manera que fuera.

Mi propuesta consultó
con varios de los presentes;
puso casos diferentes
que él mismo los *desató*⁵¹
La condición aceptó
de que el grullo igualaría
al Chamberín en maestría
y en esto, ya convenidos,
empezó a poner partidos,
pues libre el campo tenía.

Primer partido, que yo
seiscientos pesos pusiera
y que ocho a seis le admitiera
luego luego me obligó.
Por segundo destajó
que el ganado eligiría,
el sitio la hora y el día
en que fuera el coleadero,
y pasamos al tercero
que mediato tenía.

⁵¹ 3ª Edición “relató”.

Que yo me comprometía
a fuerza, en tres toros dar
cinco caídas al tentar,
pues si soltaba perdía;
que ninguno ayudaría
a correr ni a hacerme lado,
sino que a toro soltado
yo sólo debía alcanzar
tentarlo, y luego estirar
hasta dejarlo tirado.

Partido cuarto; él tendría
cinco toros que colear
y en ellos tres caídas dar,
el charro que le servía,
que con ellas cumpliría
y que si otra caída daba
desde luego me ganaba
sin tener apelación,
pues en caso de cuestión
mis derechos renunciaba.

También dejamos pactado
que pagaría el que perdiera
un almuerzo que a Barrera⁵²
le fue luego encomendado,
porque todo convidado
allí pudiera almorzar
y *esto*⁵³ debía de importar
setenta pesos completos
sin contar los gastos sueltos

⁵² Fondero de las rejas de Balvanera. Nota del autor.

⁵³ 3ª Edición “éste”.

que se tenían que agregar.

Que por caída se contaba
que el toro al suelo cayera,
y aunque media caída fuera
por redonda se pasaba,
que el público sentenciaba;
se depositó el dinero
y el domingo venidero
en Balbuena colearía
que allí el ganado daría
Don Juan Francisco Rivero.

Nuestro vale autorizaron
luego todos los amigos
y cincuenta y tres testigos
con nosotros lo firmaron;
los caballos se filiaron
cambiándonos mutuamente
las señas, que hacían patente
ser los mismos que casamos,
y nuestro trato cerramos
sin dejar nada pendiente.

Llegó el domingo siguiente
que mi contrario fijó
y en Balbuena se juntó
un gran concurso de gente;
el almuerzo fue decente
bien servido y ordenado;
dispuesto estaba el ganado
y allí acordamos los dos
que el convenio en alta voz
fuera leído y publicado.

Al momento se trepó
sobre el corral, Juan Moreno
y con una voz de trueno
nuestro contrato leyó;
a todos pues se advirtió,
del cómo se colearía,
pues que sólo la maestría
de los caballos jugaba,
de los partidos que daba
y la condición que había.

Los caballos se mostraron
y al instante que los vieron
al grullo tan grande hicieron
que hasta ocho a dos le apostaron;
al Chamberín lo apocaron
con mofa y desprecio tal,
que ocho contra medio real
burlándose me ofrecieron;
yo tomé cuanto pusieron
ya en la puerta del corral.

Las doce en México dieron
que era la hora designada;
la gente fue colocada
y una valla nos hicieron;
a echarme un toro se fueron
y yo entre tanto, por fin
le quité a mi Chamberín
tapa-ojo, bozal y freno
y quedó quieto y sereno
obedeciendo a la crin.

Antes que el toro saliera
de la valla, lo estiré
y allí mismo lo rodé
mediante una bolera.
Mil aplausos por doquiera
muy entusiastas hicieron
y mucho mas cuando vieron
que al toro al campo seguí;
otras dos caídas le di
y las tres muy buenas fueron.

Para el corral me volvía
con mi caballo paseando
que tras de mí venía andando
y cual perro me seguía;
todo el mundo lo aplaudía
y admirados se quedaron,
el segundo toro echaron;
y aunque era un poco rejego
llevó su porrazo luego
y cuatro caídas contaron.

Como tanto se atrancó
lo pasé de chiflonazo⁵⁴,
y llevó tal costalazo
que aturdido se quedó;
mi caballo lo paró
dándole de manotadas,
de mordidas y patadas
y en otra caída que di
con mi contrato cumplí

⁵⁴ Se refiere a estirarlo de manera rápida o violenta.

*de dar las cinco ajustadas.*⁵⁵

Al instante que llegué
segunda vez al corral
si había cumplido formal
a todos les pregunté;
a un tiempo dijeron que
muy satisfechos quedaban
que mis hechos aprobaban
cesando mi compromiso;
ninguno quedó indeciso,
aplaudían y celebraban.

Como en dos toros constante
cinco caídas había dado,
claro es que me había quedado
de los tres, uno sobrante;
les pregunté en ese instante
si de él podía disponer,
dieron que si, y al ver
que echárselos fue mi intento
todos en aquel momento
tras él fueron a correr.

Cuando esto se serenó
volvieron a colocarse,
mi contrario al presentarse
su caballo disparó;
desde luego se notó
que el grullo el freno tenía
y con grande algarabía
¡abajo-freno! gritaban

⁵⁵ 3ª Edición falta el verso.

porque muy al tanto estaban
de la condición que había.

Mucho pues se resistió
y con todos disputaba;
pero el público lo instaba
que fue el juez que se eligió;
todo el mundo comprendió
mi precisa condición
y en vista de esta razón
unánimes decretaban:
“que vaya suelto” gritaban
con entusiasmo y tesón.

Tanto pues, lo encoraron
con su maestro consabido,
que estaba el hombre aturdido
y por fin me lo obligaron.
El freno al grullo quitaron;
cuando el toro se le echó
en un brinco lo alcanzó
el grullo oficiosamente,
pero se siguió de frente
y el toro se le sentó.

Entonces como un venado
el grullo siguió corriendo,
muchos lo fueron siguiendo
porque se iba desbocado;
el charro muy asustado,
miles de luchas hacía
para ver cómo podía
de algún modo sujetarlo
y tan sólo el avivarlo

era lo que conseguía.

Lazarlo luego trataron
porque se podían matar;
comenzáronlo a manguear
y en un rincón lo acercaron,
mas luego que se arrimaron
salvar la acequia trató,
el brinco no le alcanzó
y en vano fue tanto empeño,
el maestro tierradentreño
allí atascado quedó.

Por fin a lazo salieron
completamente enlodados
y como iban tan planchados
un grande contraste hicieron,
y así que lavados fueron
se veía al hombre asustado,
al cuaco medio asoleado
y a su dueño renegando,
mil maldiciones echando
furioso y desesperado.

En disputas diferentes
el tiempo se nos pasaba
y el sol mucho molestaba
a todos los concurrentes;
tenían apuestas pendientes
y no se creían perdidos;
mas de esperar aburridos,
de mil modos agitaron
y a mi contrario insultaron
con gritos y con chiflidos.

Por último a tanto instar
volvió a presentarse el grullo;
cesó al momento el barullo
y discurrieron formar
hileras, y encarrilar
un gran lienzo *de*⁵⁶ potrero;
esto no era valedero
todos lo habían hecho
y alegaban por derecho
el apostar su dinero.

Unos tras otros cubrieron
un lienzo perfectamente
y al grullo continuamente;
allí andando lo pusieron;
agarrado lo tuvieron
mientras que el toro salió
y cuando suelto se vio
partió por distinto lado
sin poder ser atajado
porque nadie se atrevió.

Para México arrancó
tomando el carril derecho
y a dos trancas con el pecho
para salirme quebró;
traes él luego corrí yo
con intención de lazarlo;
pero no pude alcanzarlo
si no fue hasta la garita
porque al dar la vueltecita
no supo el charro quebrarlo.

⁵⁶ 3ª Edición “del”.

El En Balbuena, junio 30 de 1838.



Luego que lo adelanté
le pude el claro tapar
y al querérsese pasar
del pescuezo lo abroché;
con precaución lo potrié
y me lo llevé estirando
al Rancho, donde esperando
estaba toda la gente,
y era hermoso y sorprendente
verlos sin freno llegando.

De mi Chamberín mentado
tres mil elogios hicieron
desde que venir lo vieron
a él suelto, al otro lazado.
En vista de lo pasado
se dieron por perdidos,
pues estaban persuadidos
que era imposible ganarme
y no podían igualarme
a pesar de los partidos.

Estaba el grullo azorado,
de los encuentros herido,
con un astillón metido
que él mismo se había encajado;
al mirarlo ensangrentado,
su dueño al diablo se daba,
mil maldiciones echaba
tratando de persuadir
que ya no podía seguir
y por perdido se daba.

Los que allí mismo apostaron
confesaron que perdieron;
muchos aplausos hicieron
y muy contentos quedaron;
ellos mismos sentenciaron
que yo ganaba el partido,
que el grullo no había podido
desempeñar ese día
con la destreza y maestría
de mi Chamberín querido.

Tuvo luego mil marchantes
y una porción lo compraban,
cuarenta onzas ya me daban
en oro o pesos constantes;
como lo apocaron antes
sus ofertas desprecié,
porque este caballo fue
para mi fiel compañero
y jamás por ruin dinero
deshacerme de él pensé.

Mucho menos ese día
que con él tenía ganados
seiscientos pesos pasados
de lo que cogido había,
sin contar lo que tenía
de la apuesta principal.
¿Y podría yo pagar mal
a mi pobre Chamberín,
que logró hacerse por fin
de una fama sin igual?

Entre varios que se fueron
mi contrario se largó
y el campo libre dejó
como otros que allí perdieron;
muchos por favor pidieron
volver a verme colear;
no los podía desairar,
porque había algunos señores
a quien debía yo favores
y un aprecio singular.

Fueron luego y me soltaron
tres toros que había sobrantes
de los cinco que desde antes
para el grullo destinaron.
Muy complacidos quedaron
mirándome travesear;
fue un continuo celebrar
a cada caída que daba
pues ningún toro dejaba
de echarlo al suelo a rodar.

Esta fue la conclusión
del desafío tan retado
en que quedó escarmentado
mi rival por fanfarrón.
El Chamberín con razón
mil simpatías se granjeaba;
todo el mundo celebraba
este hecho tan memorable
que lo hizo recomendable
siempre que de él se trataba.

Entonces eran frecuentes
esta clase de reuniones
juntándose suscripciones
entre jóvenes decentes.
Había entre los concurrentes
*ya muchos*⁵⁷ aficionados
que aunque en México educados
podían jugar un tapado
al rancho más mentado,
pues eran desengañados.

Tenían furor por colear
y ensillar buenos caballos,
andar vestidos de payos
delirando por lazar.
Yo corría con arreglar
la diversión que se hacía,
mi caballo competía
en las guerras y tapados
y en partidos igualados
él era quien decidía.

Nos llevaban el ganado
a San Borja, varias veces,
y un día al recoger las reses,
en un pantano atascado,
vimos a un buey medio ahogado
sin poderse ya menear;
muchos fuéronlo a sacar
y cuatro a un tiempo estiraban,
sus caballos fatigaban
sin podérselo llevar.

⁵⁷ 1ª Edición “muchachos”.

Punto de honor se volvió
y muchos se remudaron,
en vano se molestaron
porque el buey ni se meneó;
entonces fui sólo yo
y dos reatas encuaté,
mi caballo acomodé
y con gran desembarazo
en el primer chiflonazo
medio cuerpo le saqué.

Todos quedaron mirando
el resultado, por fin;
hizo empuje el Chamberín
y siguió al trote estirando
al buey, que sacó arrastrando
un gran trecho sin parar;
sin dejar de palmotear
¡ah! “qué buen lomo”, gritaban,
y otros luego contestaban
“eso se llama jalar”.

En este día aconteció
que coleando a mete mano
fue el Chamberín tan liviano
que tres premios se sacó.
Un amigo se empeñó⁵⁸
en que yo se lo prestara
pa que una cola tentara,
pues antes no había podido
aunque mucho había corrido
y caballos remudara.

⁵⁸ Don Dionisio Tolsá. Nota del autor.

Luego que se lo presté
y mis tretas le advertí,
al punto colear le vi
al toro que les eché;
ni disputado le fue
por los que con él corrieron,
a pesar de que quisieron
al instante aventajarlo
no pudieron alcanzarlo
ni mala obra le hicieron.

Cuando estuve yo sirviendo
en la hacienda de Chapingo,
sucedió en un día domingo
un caso que se fue haciendo
muy público, pues corriendo
de boca en boca, volaba
y aquél a quien se contaba
ese relato sucinto
“Si es buen cuaco ese retinto”
en el momento exclamaba.

Fue el lance que sucedió
que estando en un capadero,
se descuidó *un compañero*⁵⁹
y un toro me lo manteó.
Al instante le partió
y cuando iba⁶⁰ a ensartarlo,
muy veloz pude lazarlo
amarrándole una pata,
y estirando a toda reata

⁵⁹ 3ª Edición “ya”.

⁶⁰ Don Luciano Santa Cruz. Nota del autor.

un instante separarlo.

Empeñado en embestir
al hombre que había tirado,
furioso y muy enojado
hacía empujes por partir;
yo ya no podía seguir
andando como debía;
una cerca lo impedía
que al paso me interceptó,
y si aflojaba yo
de seguro lo cogía.

En caso tan apurado
volví luego diligente,
puse el caballo de frente
y allí lo tuve atrancado;
cual si estuviera estacado
muy firme se conservaba;
mi amigo sólo imploraba
a la Virgen asustado
y el toro desesperado
hasta las babas le echaba.

Tenía un estribo metido
y no podía desprenderse,
ya no hacía más que encogerse
temblando y descolorido;
veía al toro embravecido
que inmediato le bufaba,
con las llaves lo buscaba
y tan cerca lo tenía,
que media vara no había
de distancia en donde estaba.

Luego que pudo notar
que el toro no lo embestía
mil diligencias hacia
para poderse chispar;
por fin se llegó a parar
pero el caballo enredado
se conservaba tirado
sólo dando de patadas;
tenía las manos atadas
y estaba todo encuartado.

Algún tiempo se pasó
para haberse levantado,
y ya del riesgo quitado
su dueño en él se montó;
hasta que en salvo quedó
no quise al toro soltar,
ni un palmo pudo avanzar
de donde yo lo tenía,
tres mil esfuerzos hacía
para poderlos cornear.

Aquel hombre demostraba
su gratitud de mil modos;
el lance contaba a todos,
del riesgo en que se encontraba;
ya por muerto se contaba
o cuando menos herido;
quedó muy agradecido
y a voz en cuello decía
que la vida me debía
pues se juzgaba perdido.

También me anduvo la lumbre
cerca de los aparejos,
y yo no estuve muy lejos
de liarlas, según costumbre;
debido a la mansedumbre
del Chamberín, hoy lo cuento,
pues si este acontecimiento
en otro caballo pasa,
sin duda me despedaza
a patadas al momento.

El hecho fue en otro día
que fui a ver que revesaran
y que al yugo me amansaran
varios novillos que había;
se huyó de la yuntería.
uno de ellos azorado;
ligero como un venado
se fue corriendo derecho,
sin parar por el barbecho
ni hacer pie con el ganado.

En dos trancos lo alcancé
lazándole la cabeza,
y anduve con tal torpeza
que la reata le solté;
entonces me emparejé
queriendo mi reata alzar,
y sin mas reflexionar
al punto me baloníé;
con todo y silla voltié
sin poderlo remediar.

Desde que iba yo siguiendo
le día al látigo un jalón,
creí trabado el hebijón
y así me seguí corriendo;
se soltó, según entiendo,
y por eso al agacharme
no fue difícil voltearme;
pero sí muy arriesgado,
pues de una espuela trabado
quedé sin poder soltarme.

Al caerme seguramente
al caballo sofrené
porque casi lo senté
allí mismo prontamente;
entonces fue sorprendente
verlo que ni se meneaba,
no más cara volteaba
muy tristón y cabizbajo,
tenía la silla debajo
y yo en sus pies me encontraba.

Unos instantes probé
varios modos de zafarme
y no pudiendo librarme
una corva le abracé;
en ella, pues, me apoyé
para llegarme a parar
la espuela desabrochar
que volteada en el tobillo
se enredó en el vaquerillo
de un modo particular.

Los que a auxiliarme vinieron
algún tiempo dilataron
y así cuando ellos llegaron
ya de nada me sirvieron;
sorprendidos estuvieron
al Chamberín admirando,
su nobleza ponderando,
pues si otro caballo ha sido
conmigo hubiera corrido
arrastrándome y pateando.

Vine a México a tratar
con precisión un asunto
y a las cinco y media en punto
me tuve que regresar;
pasé al Peñón y al cortar
por *Santa María*⁶¹ el Salado
fui aquel instante asaltado
por cuatro o cinco gandules
con sus jorongos azules
y el rostro muy bien tapado.

Muy pronto se me rodearon
y el camino me cubrieron
los que al frente se pusieron
luego luego se cerraron:
apéese, pues, me gritaron
queriéndome machetear,
entonces sin vacilar
al que me estorbaba el paso
le di tal encontronazo
que lejos lo eché a rodar.

⁶¹ 3ª Edición "Santa Marta".

Corriendo sobre él pasé
y de seguirme trataron
unos a otros se estorbaron
y entre tanto me escapé;
tanta tierra les saqué
que aunque luego me siguieron,
por más esfuerzos que hicieron
y a sus cuacos azotaron,
no sólo no me alcanzaron
pero ni el polvo me vieron.

De Chapingo separado
vine a administrar la Teja
y allí sus recuerdos deja
mi Chamberín de contado;
en otros fue celebrado
lo que hizo con un amigo⁶²
que de este hecho es fiel testigo
porque una tarde coleando
pudo haberse ido volteando
con el caballo consigo.

Cuando la cola tomó
iba muy **arreatado**.⁶³
y aún no se había enderezado
cuando el toro resbaló;
largo a largo se quedó
frente al caballo tendido
y creímos que hubiera sido
maneado⁶⁴ seguramente,
y cayeron juntamente

⁶² Don Sebastián Labastida. Nota del autor. Falta a la 1ª edición.

⁶³ 3ª Edición “arreatado”.

⁶⁴ 3ª Edición “meneando”.

por estar desprevenido.

No fue así, pues al momento
que el toro dio el costalazo,
con mucho desembarazo
y con gran conocimiento,
dio un volido tan violento
que sin tocarlo pasó,
muy limpio lo atravesó
de pies a cuernos brincado;
él solo se fue tanteando
y por eso no cayó.

Tenía yo con el ganado
un toro del Sebollón
grande, gordo y socarrón
que estaba muy bien jalado;
ninguno lo había tirado,
pues de seguro arrendaba;
si corría se atravesaba
oscilando la cabeza
y volvía con tal presteza
que a todos muy bien corneaba.

Su dueño⁶⁵ que ésto sabía
a muchos se las pegó
y algún dinero sacó
en las apuestas que hacía;
por último, dijo un día
que el toro me regalaba
si una caída le daba,
y si no que yo perdiera

⁶⁵ Don Ignacio González. Nota del autor.

treinta pesos, porque eso era
en lo que al toro apreciaba.

Quedó el negocio arreglado
mandándole al caporal
que arreara el toro al corral
con un poco de ganado.
Cuando estuve preparado,
él mismo se fue cortando
yo lo seguí pastoriando
mientras iba prevenido;
de repente le hace ruido
y pronto me fui cerrando.

Al tiempo de que arrancó
tomé la cola violento
amarrando, y al momento
el Chamberín lo pasó;
luego que trastabilló
a mi caballo animé
me sostuve y no solté
hasta que lo hice rodar;
y no lo dejé parar
porque luego lo apialé.

Su dueño, que ésto miraba,
increíble le parecía;
de su toro maldecía
y las barbas se estrujaba,
la culpa al caballo echaba
porque violento había sido;
sin darme por entendido
mi fierro fue calentado
allí mismo el toro herrado

y quedó todo concluido.

A Tlalpam me fui a instalar
fastidiado de servir,
y así pude conseguir
en mi rancho trabajar;
el Chamberín sin parar
en todo desempeñaba
la carreta estiraba
cuando no servía de silla,
y alguna vez en la trilla
de cabero lo plantaba.

Suelto lo tenía en la huerta
comiendo de cuanto había,
y paso a paso venía
al sentir abrir la puerta,
muy desconfiado y alerta
a una distancia se estaba
y si era extraño el que entraba
en el momento corría,
mucho más si le advertía
que lazo o reata llevaba.

Más si veía a una mujer
sin miedo se iba acercando
y luego luego buscando
tortilla o pan que comer.
Ya se podía componer
cuando no lo cortejaban,
pues un buen susto mamaban
porque tras ellas corría
los rebozos les rompía
cuando no se los dejaba.

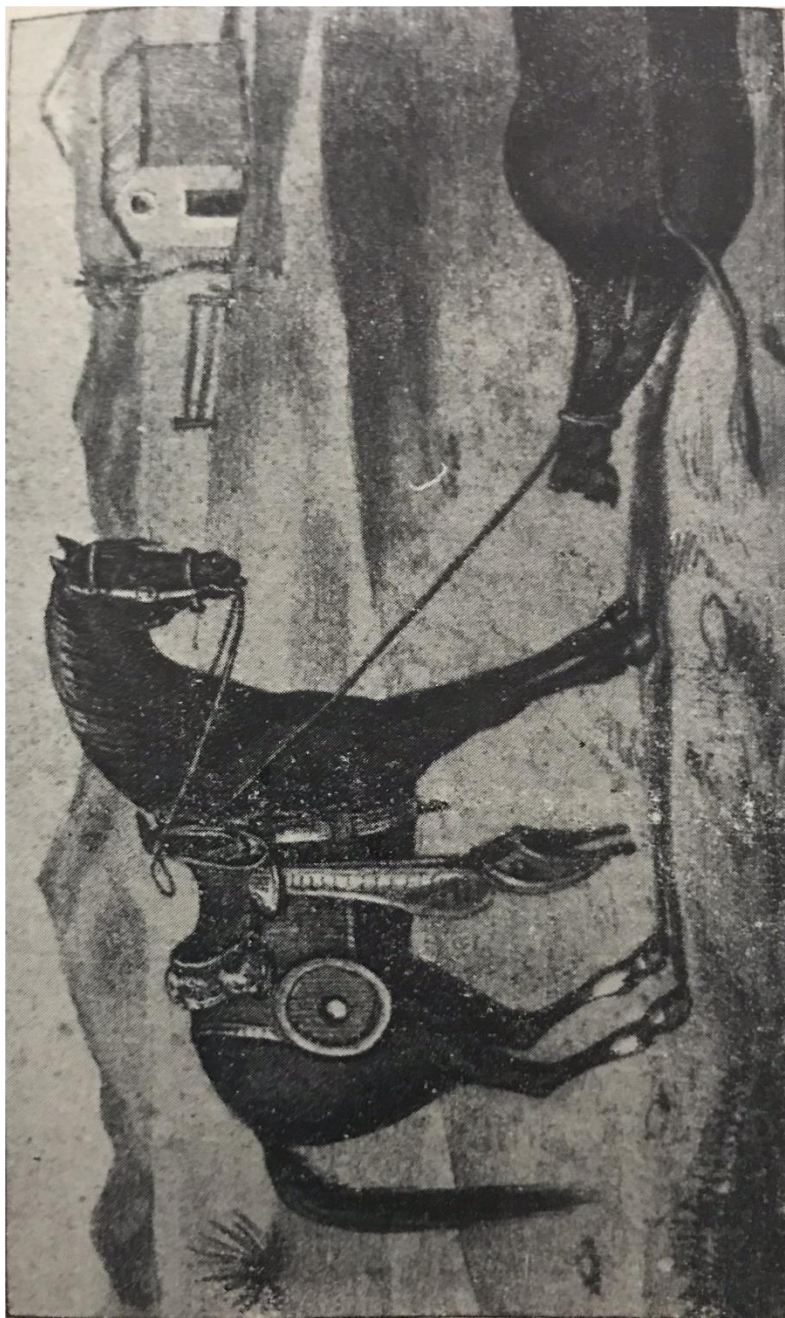
Si lo mandaba ensillar
le enseñaba el criado el freno
y lo esperaba sereno
sin tratarse de escapar;
mis hijos por travesear
a la huerta se metían
en pelo se le subían,
otros chicos se enancaban
y suelto en él se paseaban
siempre que hacerlo podían.

Ninguna mella le hacía
*cualquier*⁶⁶ trabajo fuerte,
se acostumbró de tal suerte
que el descanso resentía.
Se extrañaba y no comía
y estaba muy perezoso
por eso me fue forzoso
el tenerlo en movimiento,
y así lo veía contento
comiendo bien y animoso.

Cuando fuimos invadidos
por los norteamericanos,
por manos de los poblanos
fueron mis bienes destruidos;
todos quedaron perdidos
y lo poco que libré
en Ansaldo lo dejé
donde otra vez me robaron,
mi caballo se llevaron
y entonces si me amolé.

⁶⁶ 3ª Edición “cualquiera”.

El Chamberín estirando solo.



Dos meses que estuvo ausente
ya mero me enloquecía,
sólo al Chamberín tenía
a todas horas presente.
La buscaba diligente
por mil partes indagando
a muchos interesando
con que serían bien pagados
y a todos mis encargados
su filiación fui dejando.

Aunque poco conseguía
la empresa no abandonaba,
por todo México andaba
a todas horas del día.
La esperanza no perdía
y de Xochi me escribieron
que en Cuernavaca lo vieron
y que un yankee era su dueño;
mandé dos criados de empeño
pero no me lo trajeron.

Loa muy tontos se quejaron
ante el juez de aquel lugar;
él no quiso reclamar
y por eso lo dejaron.
Otros modos no pensaron
para poder rescatarlo
ofrecer cambios, comprarlo,
a pesar de que les di
libranza para que allí
tuvieran con qué pagarlo.

Hice que luego volviera
uno de ellos, y a una vista
no le perdiera la pista
sino tras él se anduviera
por donde quiera que fuera.
Cerca de un mes se pasó
cuando un día se presentó
diciéndome que aquí estaba,
que en Palacio lo dejaba
porque allí el cuerpo paró.

Me fui con él al momento
y al yankee se lo ajusté
en una onza lo compré
que recibió muy contento.
Lo desensillo violento;
pero al verlo tan pasmado
fingí que me había engañado
y que no se lo compraba
porque su estado ignoraba
de hallarse todo matado.

Entonces él lo creyó
mirando mi desagrado
me lo dejó allí ensillado
y en el cuartel se escondió,
por supuesto no salió
hasta que me vio marchar;
mi caballo al oírme hablar
contento se me arrimaba,
mis cariños aguardaba
buscándome sin cesar.

Fue indecible mi alegría
por haberlo rescatado,
cual si me hubiera sacado
una grande lotería;
ya en mi casa se sabía
e inquietos nos aguardaban,
al balcón se amontonaban
mis hijos y mi mujer,
bajando a todo correr
a un tiempo lo acariciaban.

Cuando los oyó gritar,
muy gozoso relinchó
y su paso apresuró
para más pronto llegar.
A poco tiempo de estar
bien curado y asistido
volvió a ser lo que había sido
de dócil, diestro y liviano
conservándose muy sano
muy bueno y muy mantenido.

Siguió a todos admirando
con sus gracias diariamente,
pero fue más sorprendente
lo que hizo en Tlalpan coleando:
siempre lo están recordando
como un caso extraordinario,
que en la fiesta del Rosario
en la plaza aconteció
y *mil aplausos*⁶⁷ recibió
de todo aquel vecindario.

⁶⁷ 3ª Edición “aplausos mil”.

Entre varios arreglamos
hacer toros ese día
y el importe que tenía
entre todos lo pagamos.
La plaza pronto formamos
muy buen ganado metiendo,
yo estuve allí dirigiendo
mientras mi hermano Agustín
montado en el Chamberín
mil proezas estaba haciendo.

Llegó la hora de colear,
un buey muy grande solté
y Agustín tan sólo fue
el que lo pudo alcanzar.
Al instante de pasar
se cargó el buey a la fuente
y era pues, muy consiguiente
que por esto se escapara
y que el claro le tapara
si no andaba diligente.

Nada de esto sucedió,
pues con grande agilidad
brincó con velocidad
y tan fuerte arremetió
que el buey de espinazo dio
sobre el pretil prontamente,
y con pasmo de la gente
dentro del agua cayó,
el concurso celebró
este hecho profusamente.

Tuve un ataque muy fuerte
de fiebre y de pulmonía;
Labastida me asistía
y estaba grave y de muerte.
Sólo al verme de esta suerte
del Chamberín prescindí
y a ese amigo lo cedí
para que⁶⁸ **de** él dueño fuera
en caso de que muriera
como un recuerdo de mí.

Para mí me figuraba
que un gran regalo sería,
su mérito conocía
y en el siempre travesaba,
a este amigo lo confiaba⁶⁹
porque lo conservaría
y jamás lo vendería,
pues era su desempeño
y como legítimo dueño
mucho más lo estimaría.

Como última voluntad
lo asentó en mi testamento,
dejárselo fue mi intento
por gratitud y amistad,
se lo remití en verdad⁷⁰
y aunque se me resistió,
por complacerme admitió,
a mis instancias lo usaba
con grande afán lo cuidaba

⁶⁸ 3ª Edición falta “de”.

⁶⁹ 3ª Edición agrega “y” al principio.

⁷⁰ 3ª Edición falta este verso.

porque mucho lo apreció.

Gracias a Dios y su esmero
llegó al cabo a levantarme
y de mil modos probarme
que es mi amigo verdadero,
no me curó por dinero
y cuando de alta me dio
él mismo me devolvió
al Chamberín que había sido
muy chiquiado y consentido
desde que lo recibió.

También cerca de dos meses
mi hermano Agustín lo tuvo
y continuamente estuvo
con él acarreando reses.
Le sucedió varias veces
que no había quien lo ayudara
y que al Chamberín dejara
irse adelante estirando,
mientras a pie iba arreando
a la res que le confiara.

No le permitía arrendar
ni tampoco se encuartaba,
sino que bien se tanteaba
sin dejársela arrimar.
Al instante de llegar
al sitio del matadero,
daba vuelta al bramadero
y allí muy quieto se estaba,
hasta que la afrentilaba
Agustín o el matancero.

Cuando *anduve*⁷¹ caminando
en algún mesón paraba,
sólo paja le compraba
para que fuera cenando;
las trancas iba brincando,
los toriles recorriendo
pateando bestias, comiendo
cuantas pasturas había,
porque siempre amanecía
en otro sitio durmiendo.

Si algún perro se arrimaba
ladrando, y venía a morder,
muy ágil debía de ser
si de sus pies se escapaba,
con buen tino lo pateaba
y algunos perros mató,
a muchos desquebrajó
que regresaban cojeando
desmolados o manqueando,
pues lacrados los dejó.

Mucho pudiera escribir
de casos muy admirables
y sólo los más notables
he querido referir.
Voy ahora pues a decir
lo económico que fue
lo poco que en él gasté,
lo mucho que caminé,
cuantos años trabajó
hasta que al fin lo enterré.

⁷¹ 3ª Edición “estuve”.

En el tiempo en que vivió
por un cálculo prudente
a seis pesos mensualmente
dos mil pesos se comió;
mil doscientos él me dio
a ganar con su destreza,
y ochocientos con franqueza
fue su costo, es bien extraño,
a treinta pesos cada año
¿qué gran cantidad es esa?

Me sirvió sin descansar
veinticuatro años cabales,
andando en caminos reales
o en el campo sin cesar.
Bien se pueden regular
con mucha moderación,
que anduve en continuación
a cuatro leguas por día,
y no exagero a fe mía.
con esta regulación.

Me he admirado en el momento
de que he sumada la cuenta:
treinta y cinco mil cuarenta
son las leguas que yo cuento,
no hay duda en esto, no miento,
muy bajo he calculado,
pues muchas más de contado
en mi Chamberín anduve,
porque en ese tiempo estuve
en el campo dedicado.

Muchas veces lo obligué
a echar muy largas jornadas,
y si era en las traveseadas,
yo jamás lo remudé;
cuando aquí me destiné
estuve fincas cobrando,
por todo México andando
y el domingo concurría
al encierro, donde había
que correr o estar lazando.

Poco a poco fui advirtiendo
que la fuerza le faltaba,
que al correr se fatigaba
y la vista iba perdiendo.
Se fue luego encaneciendo;
con dificultad comía,
continuamente dormía,
y sólo estaba animado
cuando veía algún ganado
o a lazar me disponía.

Ya raras veces coleaba
y fui dejando este vicio,
su falta me puso en juicio,
pues al correr desconfiaba,
aunque sin lacras se hallaba,
comenzó por tropezar,
mucho afanarse y sudar;
pues luego se conocía
el grande esfuerzo que hacía
al ponerse a galopar.

Por último, jubilado,
en Apaxco se quedó
y mi hermano lo cuidó
con un empeño esmerado,
el día menos esperado
con un mozo diligente
me escribió que de repente
mi caballo se agravó;
luego luego ensillé yo
y partí violentamente.

Lo hallé triste y abatido,
todavía medio animado,
con varias cinchas atado
que lo tenían sostenido:
Parece que había medido
el tiempo para alcanzarlo,
no hice más que acariciarlo
cuando lo vi vacilante
y sucumbir al instante
sin poder ya levantarlo.

La hora fatal le llegó
pagando el **duro**⁷² tributo,
allí en mi presencia el bruto
en un momento expiró:
grande pena nos costó,
cómo se era de esperar,
lo mandamos enterrar
abriéndole una gran fosa,
al pie de una encina añosa
que nos lo hace recordar.

⁷² 3ª Edición “caro”.

Fue grande mi sentimiento
y a mis amigos mandé,
las cartas en que avisé
de aqueste fallecimiento.
Su epitafio con intento
también lo mandé imprimir;
aquí lo quiero añadir
porque algunos no lo vieron;
sólo tres octavas fueron
que se verán al concluir.

Por más que yo he procurado
al Chamberín reemplazar,
no he podido hasta ahora hallar
otro tan bien educado.
He puesto sumo cuidado
y visto hermosos corceles
que tienen muchos papeles
y les dan grande importancia
mucho valor, y en sustancia
son burros con cascabeles.⁷³

Esta, amigos, fue la historia
de mi noble Chamberín
a quien dedico por fin
un recuerdo a su memoria;
se hará pública y notoria,
y aun por loco me tendrán;
pero bien advertirán
que si eso creen, hacen mal,
porque hasta de un animal
es agradecido Inclán.

⁷³ 3ª Edición “no son tan buenos ni fieles”.

Al dedicarme a escribir
ningún interés me ha guiado,
ni yo jamás he aspirado
a quererme distinguir:
Sólo lo he hecho por cumplir,
pues se los tenía ofrecido,
y como amigo les pido
me dispensen bondadosos,
y que reciban gustosos
este *obsequio*.⁷⁴ Ya he cumplido.

⁷⁴ 3ª Edición “escrito” porque ya no se regalaba.

A LA MEMORIA DEL CHAMBERIN EPITAFIO

Pasajero, detente, atento admira
esta encina tan grande y tan frondosa
que sirve a Chamberín de única pira
cubriendo *su sepulcro*⁷⁵ cual fría losa.
Le impide al ave que en el aire gira
el devorar sus restos rapiñosa,
y ostenta su verdor y su hermosura
orgullosa de abrigar tal sepultura.

Cinco lustros y medio había cumplido
siendo diestro coleador infatigable,
llegando a ser por sus gracias aplaudido
y por sus grandes hechos admirable;
fue criollo de Nalvarte, allí nacido
y desde su tierna edad muy apreciable;
si deseas saber su rara historia,
*gratis*⁷⁶ se te dará su laudatoria.
La parca que *arrebata*⁷⁷ en su carrera
a todo ser viviente sea el que fuere,
le marcó a Chamberín la hora postrera;
el bruto sucumbió, Chamberín muere;
no será acaso quien por vez primera
si al mirar su epitafio lo leyere,⁷⁸
vea que un hombre con canción sentida
llora al caballo que salvó su vida.

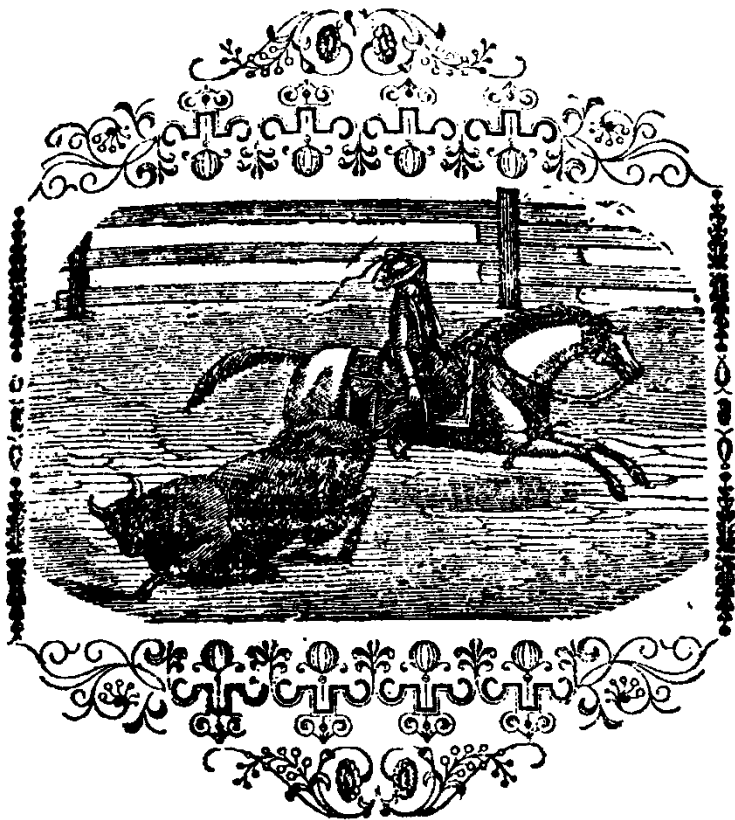
Octubre 15 de 1857.

⁷⁵ 3ª Edición “sus cenizas”.

⁷⁶ 3ª Edición “barata”.

⁷⁷ 3ª Edición “arrebola”.

⁷⁸ 3ª Edición “aleyeras”.



EL CAPADERO EN LA HACIENDA
DE AYALA

EL CAPADERO
EN LA
HACIENDA DE AYALA

PROPIEDAD DEL SR. J. JOSE TRINIDAD PLIEGO

VERIFICADO

En los días 25 y 26 de junio de 1872.

MEXICO
Imp. de Inclán, San José el Real número 16
1872



Por los Pliegos convidado
para Ayala al capadero,
marché a Toluca primero
como se tenía arreglado;
iba bien acompañado
de Manuelito y Barrón,
que con fundada razón
una plagiada temían,
y cruel tormento sufrían
lentos de tribulación.

De las puertas apropiados
fueron en la diligencia,
con la mayor impaciencia
espiando por ambos lados;
preguntaban azorados
al mirar a un caminante
con un lívido semblante:
- ¿Qué no hay por ahí novedad?
- No señor, y su ansiedad
cesaba por un instante.

Por fin el monte pasamos
y acabaron los tormentos,
muy alegres y contentos
en Toluca nos hallamos.
Al otro día madrugamos
y aunque el camino perdimos,
como a las diez estuvimos
en el sitio en que charreaban,
e inquietos nos esperaban
y bien recibidos fuimos.

Si me ayuda la memoria
y me prestan su atención,
les haré una relación
de *apuntes para la historia*.
De la asistencia es notoria
de don José Trinidad;
su franqueza, su bondad,
y a todos, sin excepción,
dio pruebas de estimación
y gran generosidad.

En las mesas abundaban
manjares, ricos guisados,
bien hechos y preparados
que el apetito incitaban;
nada que desear dejaban
y en tan amable reunión;
era todo animación,
grato gozar y placer,
ocupándose en comer
llenos de satisfacción.

No menos podía esperar
de tan noble caballero,
que con muy cordial esmero
nos supo bien obsequiar;
muy ajeno de adular
sólo digo la verdad,
y a don José Trinidad,
sus hijos y sus parientes,
daré pruebas evidentes
de que aprecio su amistad.

Pasemos a la charreada,
los dichos, las ocurrencias,
los lances, las competencias,
en los días de la coleada.
Santa Bárbara es llamada
la loma, en un sitio ameno,
con lienzos y un piso bueno
donde se puede correr,
sin algún riesgo temer
en el más limpio terreno.

Allí, pues, se encorralaron
cerca de quinientas reses,
y muy pocas, por tres veces,
por el suelo se rodaron;
algunos toros libraron
pues sumamente ligeros,
constantes y tesoneros,
grandes, robustos, lozanos,
se logran buenos y sanos
en tan fértiles criaderos.

Todos los que no pudieron
tentarlos al arrancar,
sólo a fuerza de azotar
estirarlos consiguieron.
Al pie del cerro a quien dieron
nombre de la Campanilla,
una relación sencilla
me propuse relatar,
y primero comenzar
Por mi Don Yo de Castilla.

En el caballo *Remiendo*
sólo di un sentón mal dado,
y en un tordillo quemado
tras de un toro fui corriendo;
pues mis males resintiendo
sufriendo cruel aflicción,
falto de respiración
al punto me convencí,
que ya no soy lo que fui
mas que sólo en afición.

Por lo visto, a mi pesar,
hasta de correr dejé,
y cual dicen me *arrané*
dedicándome a lazar;
en ir los toros a echar,
mi pena disimulando,
temeroso recelando
y de todo riesgo huyendo,
me estuve solo atendiendo
a cuanto estaba pasando.

Don Jesús desde ante mano
pensó portarse con juicio,
mas vencido por el vicio
también mató su gusano;
dio mil pruebas de liviano
aplicadas con maestría,
en el **Mirabién** corría
y aunque dice estar pesado,
es un charro consumado
y su destreza lucía.

Poniéndose de echador
gritaba a los coleadores:
¡Ahí lo tienen pecadores,
no se me entuma señor!
Y el entusiasmo mayor
en su semblante mostraba;
cuando el toro no rodaba
repetía con desenfado:
¡No hay nada, cayó parado!
Y otro al punto les cortaba.

Don Trinidad travesó
en el **Mitén** y el **Clarín**,
el **Cordobán**, y por fin
el **Aguilillo** ensilló,
éste se le acochinó;
agraviado u ofendido
demostrándose aburrido
se fue pisando de lado,
llegó a la cerca enfadado
y sobre ella dio el volido.

En el aire fue estirado
por no dejarlo saltar,
y en aquel mismo lugar
quedó arriba atravesado;
de cabeza al otro lado
con varias piedras cayó,
el jinete se libró
sin que resistiera nada,
mas que una espuela quebrada
que el cuaco tal vez pisó.

Al punto de destapar
demostraba su destreza,
su garbo y su ligereza
en el modo de arcionar;
daba caídas sin cesar
o se entretenía capando,
sobre todos vigilando
olvidando sus abriles,
y a sus años juveniles
estuvo allí recordando.

Nadie cual don Cayetano
en estos días travesó,
más de cien toros coleó
con arrojo sobre humano;
como diestro veterano
y el más decidido afán,
en el *Cariño* y *Chalán*
no corría sino volaba,
mucho más cuando montaba
el *Mastuerzo* y el *Can Can*.

Por nada se detenía
y regañando a su criado,
como dardo disparado
de medio corral partía;
se acomodaba y seguía
perfectamente la pista,
y aunque algo corto de vista
su caballo disparaba,
el rabo luego atoraba
con la mano y pierna lista.

Por gusto quiso probar
y correr en el **Deseo**,
que se cayó según creo
porque llegó a resbalar;
se puso el suelo a besar,
pero el Tío Calle violento,
tan ligero como el viento,
muy hábil se desprendió
y nada le sucedió,
parándose muy contento.

Con mucho aplomo Vicente
en el **Clavel**, como un rayo,
lució allí su buen caballo
en alcanzar sorprendente;
medido e inteligente
en el **Tordo**, remudó,
y a un toro caído salvó
por venir arrebiatado,
y el potro al bozal cargado
pues de falsa lo metió.

Corriendo fue a remudar
en el caballo *Solita*,
tan bueno como bonito,
pero se abre al alcanzar.
Por último al acabar
el *Tingüindi* le ensillaron,
y allí todos se admiraron
de su mala catadura,
porque siendo de andadura
vieron lo que no esperaron.

Figúrense un charchinita
tordillito atizonado,
muy mal hecho y mal formado
menudear la mondinguita;
mas al arrancar imita
al más ligero lebrel,
y listo como el *Clavel*
a cuanto toro partió,
Vicente lo porraceó,
en ese zambo corcel.

Trinidad de lazador
muy poco esta vez corrió,
porque desde que cayó
tiene un pánico terror;
se estuvo de capador
y en el *Naípe* manganeando,
certeras flores echando
con mucho garbo y acierto,
y sólo hubo un toro muerto
de los que estuvo operando.

Proseguiremos con Chucho
que en el **Remiendo** y **Vapor**,
como diestro coleador
es al atorar muy ducho;
en el **Rayo** coleó mucho,
en el **Catrín** no fue menos,
y en los más cortos terrenos
cual relámpago estiraba,
pues al tentar amarraba
dando jalones muy buenos.

Sin embargo, en un descuido
teniendo un toro lazado,
le partió sobre parado
y el **Vapor** resultó herido;
como estaba adolorido
desde luego reparó,
con la reata se encuartó
sin podérselo chispar,
y cesó de reparar
cuando ya rengo quedó.

Enrique poco avanzó
mientras el **Deseo** montaba,
dificilmente estiraba,
mas luego se desquitó,
porque el **Regalo** montó,
que es caballo de primera,
pisa firme en la carrera
y es tan útil ese cuaco,
que puede lucir el taco,
no sólo allí, donde quiera.

Luis Pliego se demostraba
ser un hombre reposado,
y allá con el licenciado
o el capellán platicaba;
de vez en cuando coleaba,
cual dicen por no dejar,
pero seguía sin parar
de su padre acompañado,
y el *No me olvides* mentado
nada dejó que desear.

No es vicioso en el colear,
las cangrejas es su mole,
manganas de poco atole
y estar listo en amarrar;
por esto sin vacilar
con la reata esta ocasión
prendió lazos a montón
al fin del lienzo parado,
siendo para eso acertado
y sin vana presunción.

Manuel en la *Chuchería*
los libros dejando a un lado,
alegre y entusiasmado
desaforado corría.
Su papá lo contenía
gritando: ¡estate aquí paradito,
no me corras Manolito!
Pero él poco a poco andando,
se le iba de allí ausentando
en el menor descuidito.

Como en leyes practicante
le agradan de todo el foro,
las que se llaman de **Toro**
que aprendió siendo estudiante;
por eso tan arrogante
al Código recordaba,
y al torete que le alzaba
suponiéndolo su Vinnio,
hasta cumplir su designio
de estirarlo no cesaba.

Melito este día feliz,
dijo don Jesús, en tono de exclamación
“No te cambias por el grande Napoleón
después de la batalla de Austerlitz”.
Esto secundaba Luis
con un placer infinito,
mientras el licenciadito
a la **Chuchería** apuraba,
y la espuela le arrimaba
a la salud de la ...⁷⁹

También Natalio corriendo
bien afirmado en la silla,
muy jinete en el **Mezclilla**,
estuvo la pala haciendo.
Una liebre apareciendo
hizo a los chicos correr,
y a cada cual pretender
el seguirla entusiasmado,
con su lazo preparado
para poderla coger.

⁷⁹ Chingada, probablemente.

Rafael y Cayetanito,
Juan Escandón y Vicente,
Chucho María diligente
la siguieron un ratito;
en esto don Jesusito
por mirar qué sucedía
ya mero lo antecogía
un toro que regresaba,
y le tiró una cornada
que lastimarlo podía.

Vamos con los Ballesteros;
por don Pablo empezaré,
varios toros le corté
y eran de los más ligeros;
aunque no de los primeros;
descubrió su inclinación,
y montado en la **Ilusión**,
una yegua retintita,
también mojó su sopita
en tan clásica función.

Liviano José María
en el **Huérfano** corrió
y en el **Forastero** dio
caídas de alguna valía;
Eduardito lo seguía
en el **Telégrafo** en pos,
que es muy ligero y veloz
y a su cumplido placer,
nos dieron a conocer
que son charritos los dos.

Silverio el arrendador
ahí quiso aficionar,
la ***Gitana*** que al llegar
lo hacía llena de temor;
la ***Ardilla*** con más valor
entró imitando al ***Avión***,⁸⁰
Apetito y ***Pabellón***
que aunque nuevos se arrimaban
y buena esperanza daban
de aprovechar la lección.

El intrépido Barrón
en el ***Toruno*** y ***Arete***,
volteaba cual rehilete,
corría como exhalación;
a pulso o metiendo arción
jalaba como podía,
tres mil esfuerzos hacía
a cual más desesperados,
caían los toros parados
y algunos rodar hacía.

Con Ignacio a mete mano
y el más bélico furor,
en el campo del honor
quiso aparecer liviano;
se oyó un grito, ¡a que le gano!
Ignacio dijo furioso:
¡No me la quite, alevoso,
a mí me toca esta cola!

⁸⁰ Delichon urbicum: pequeña golondrina de aspecto compacto, negro azulada brillante por arriba y blanca por abajo, con límites netos entre colores. Enciclopedia de las aves de España. <https://www.seo.org/ave/avion-comun/>, consultado el 1 de octubre de 2018.

Y ya mero se hacían bola
en ese instante horroroso.

Los presentes con cuidado
aquella lucha miraban,
por momentos esperaban
un funesto resultado;
fue el toro más avisado
pues aligerando el paso,
se libró de un costalazo
y limpio se fue corriendo,
dejando a los dos diciendo:
¡Señores, miren qué caso!

Como debo de narrar
un relato verdadero,
no dejaré en el tintero
cuanto allí tuvo lugar;
y así no puedo olvidar
que en los días de tanta holgura,
el club de la *Patadura*,
o la sociedad del *Hueso*,
en el siglo del progreso
en alto lugar figura.

En éstos deben contarse
los vaqueros y los criados
los por estos convidados
que allí fueron a rifarse;
pues también debe estimarse
sus grandes hechos y agudezas
con que a su modo se explican,
y casos que testifican
su habilidad y destrezas.

José de la Luz sufriendo
regaños de su patrón,
estaba sin son ni tron⁸¹
en el **Jaripeo** corriendo;
Bruto le estaban diciendo
hasta que se embruteció;
Vilchis lo sustituyó
que ya viejo atejonado
sabía mejor hacer lado
y en el **Recuerdo** corrió.

Al atrevido Isabel
le dio un porrazo el **Tabaco**,
pues al repararle el cuaco
sonó como cascabel;
poco menos fue Esquivel
que andaba en el **Mal teñido**,
pues muy torpe o entumido
los estribos le estorbaban,
los brazos no le alcanzaban
y corría todo encogido.

No así ni Ignacio ni Epigmenio
que con el **Rayo** y **Capitán**
sin esfuerzo y afán
probaron su buen ingenio;
como ambos son de buen genio
mutuamente se ayudaban
y aunque mucho se atrasaban
porque al alzar son tardones,
apurando los talones

⁸¹ “Sin son ni ton”, probable error de imprenta, puesto que el dicho lo conocemos como “sin son ni ton”.

algunos toros tiraban.

Del *Príncipe* en ese día
allí su recuerdo deja,
alzó tierra con la oreja
porque elevarse quería;
Nájera con bizarría
se libró de un costalazo,
Patricio en el *Cintarazo*
creo que pretendía volar,
con pies y manos nadar
menudeando el talonazo.

Camacho muy empeñado
al *Gallo* pensó elevar,
pero no quiso cantar
aunque fue muy azotado;
mas Aniceto montado
en el guapo *Cucuyé*;
sus hechos relataré,
que aunque tiene pierna tiesa,
con alguna más franqueza
allí el desempeño fue.

Varios dichos cada cual
decían al salir el toro,
¡Alza la patita loro!
¡A la cola caporal!
y en el lienzo o el corral
¡Atórale guacamaya!
¡Ande chulo, no se vaya!
Y si acaso no tiraban,
es albóndiga expresaban,
salió limpio en la batalla.

Leandro más inteligente
en su prieto, el **Pinacate**,
bien manejaba el mecate
y coleaba diligente;
también Lauro prontamente
en el caballo **Palomo**,
dio salitre por el lomo
a los toros con salero,
aunque allí en el corredero
siempre hacía el según y como.

Con un toro mecateado
venía impávido Lorenzo,
y al estar a medio lienzo
el **Tumbaxen** azorado
del acicate acosado
a los reparos siguió,
y al jinete desprendió
que cual pelota saltando
fue por el suelo rodando
y una mano se torció.

Los dos hermanos Munguía
en el **Tordillo** y **Ratón**
y en el bayito **Doblón**
su ciencia sobresalía;
el arrojado Mejía
que en el **Cardillo** coleaba,
algunos dichos soltaba
y alguna vez un refrán,
a Lucio que el **Catalán**
al pasar se le atrancaba.

Métele hueso decía
como **to**⁸² suegra le jala,
- pues házmelo buena pala,
el otro le respondía:
- Lo eres guaje repetía,
acuérdate de la marra;
- si no lo puedo bien garra
porque lo dejas-muy corre;
- pues píntale no se borre
o con **to** lazo le amarra.

Cuando menos se esperaba
no recuerdo quien llegó,
diciendo se desnucó
Pancho Vilchis que lazaba;
a Fr. Nicolás buscaba
a que fuera a confesarlo;
Trujillo pensó sangrarlo
y una lanceta pedía,
sólo navajas había
con que pretendió picarlo.

El capellán diligente,
tan ligero como activo,
no alcanzaba hasta su estribo
y saltaba inútilmente;
su retinta solamente
la monta si está arrimada,
a una altura en que parada
trepe con facilidad,
porque su paternidad,
es de estatura cuadrada.

⁸² **To:** modismo de tu.

Entre varios lo elevaron
cual un tercio de semilla,
hasta posarlo en la silla
bien sentado lo dejaron;
aunque mucho lo obligaron
correr no se resolvía,
porque su yegua quería
de aquella carga librarse,
respingarle o aplastarse
y del trance no salía.

Por fin el pobre averiado
aunque luego fue asistido
estuvo un rato aturdido
o propiamente privado;
cuando estaba en tal estado
su padre que iba alcanzando
un gran trecho fue rodando;
mas parándose risueño,
volvió a subir con empeño
de continuar travesando.

Pancho cual muerto quedó,
su hermano y padre coleaban,
sólo al pasar preguntaban
que si ya el enfermo habló;
se les respondía que no
y fueron tan cariñosos,
tan tiernos, tan amorosos
y su aflicción tan cabal,
que partían para el corral
a correr más afanosos.

El caso fue que lazó
Francisco a un toro corriendo,
y al estarlo deteniendo
el cuaco se atravesó;
el bicho los estiró
dándoles tal chiflazo⁸³,
que dieron un zapotazo
tan fuerte como violento
y allí quedó sin aliento
tendido en el campo raso.

Después de recuperado
solito andando se fue,
hasta descansar al pie
de un encinito copado;
allí se quedó sentado
sin que nadie lo siguiera,
ni de fingido atendiera
su estado convaleciente,
ni un amigo, ni un pariente,
que de él se compadeciera.

También el criado Calixto
un dedo se iba a trozar,
porque torpe al amarrar
anduvo muy poco listo;
preguntando por lo visto
si era cosa de cuidado,
sólo respondía el cuitado⁸⁴
tengo mi dedo partido,
todo el brazo adolorido

⁸³ Estirón rápido o violento.

⁸⁴ Afligido, desventurado.

y el tanganito pelado.

Lindos caballos llevó
don Trinidad Albarrán,
un chancaco, otro alazán,
pero no los descubrió;
sólo a lazar se metió,
mas don Santiago esta vez
a pesar de ser inglés,
en su gran **Venado** ufano,
corría alegre por el llano
a atajar alguna res.

Tres preciosas cantineras
en la carretela estaban,
y el abasto se llevaban
repartían muy zalameras;
ufanas y placenteras,
daban llenas de candor
biscochos, chicha y licor
atendiendo aquella bola,
Lala Nita y también Lola.
con la eficacia mayor.

Para la hacienda bajamos
porque ya eran las dos dadas,
y las mejores tajadas
no comimos, devoramos;
por el término brindamos
con vinos y catalán,
comenzando por Inclán,
Tío Calle, también Vicente,
Luis Pliego e inteligente
el sesudo capellán.

En la tarde a jinetear
en becerros escogidos
en los macheros reunidos
fue un continuo travesear
otros sólo a manganear
y hubo también capoteo,
terminado el jaripeo
después de muy bien cenar,
cada uno se fue a entregar
en los brazos de Morfeo.

A buena hora el día siguiente
a la reunión se dio tregua,
cada cual ***jaló la yegua***
por camino diferente;
todo acabó felizmente,
muy complacidos quedamos;
con pesar nos separamos
gratos recuerdos haciendo
y así el tiempo entreteniendo
a Toluca regresamos.

Para mí no concluyó
con esto mi expedición,
en continua distracción
otros doce días duró;
pues don Jesús se empeñó
en que sus haciendas viera,
sus labores anduviera,
y sin ser adulator
que es un sabio labrador
confieso con fe sincera.

Todas las mas son en plano
y juntas forman una aria
Panzacola, S. Antonio, La Macaria,
La Garceza y las otras dos de **Cano**;
en ellas se ve la mano
del hombre trabajador
que cual buen agricultor
por él mismo dirigidas
las tiene bien atendidas
y bien dadas de labor.

También la de la **Asunción**
se encuentra bien cultivada,
y además ya fabricada
una hermosa habitación;
allí por mas diversión
a los becerros herramos,
los muleros afeitamos
habiendo sus jineteadas,
manganas muy acertadas
hasta que al fin acabamos.

Con la apetencia mayor
nos pusimos a almorzar,
sobre todo a saborear
rico asado de Pastor;
desde al percibir su olor
otras viandas alejamos,
a comerlo nos lanzamos
pues estaba delicioso,
tan bueno como sabroso,
y solo huesos dejamos.

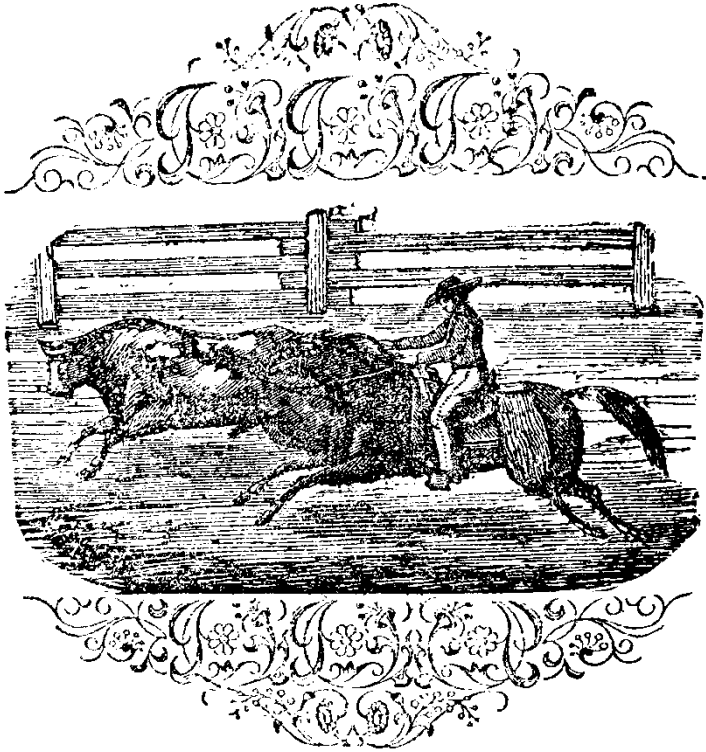
En Toluca sin cesar
perfectamente atendido,
estuve muy divertido
sólo ocupado en pasear;
en ver todo, en visitar,
a conciertos asistiendo
mil obsequios recibiendo
inclusa una *tamalada*,
y en vida tan regalada
en Jauja estuve viviendo.

En su hacienda visité
también a los Ballesteros,
que ufanos y placenteros
a todos los encontré;
al otro día regresé
a seguir mis expedientes,
de entre amigos y parientes
sólo estarme solazando,
y todos me estaban dando
pruebas de aprecio evidentes.

Volví a México contento
y agradezco desde luego,
al señor don Jesús Pliego
su tan franco alojamiento;
igualmente el tratamiento
de su familia apreciable,
que cariñosa y afable
su afecto me ha dispensado,
mil favores prodigado
con un empeño admirable.

A los Pliegos les dedico
esta insulsa relación,
y con muy sana intención
yo no adulo ni critico;
por esto, pues, les suplico
la reciban con bondad,
y al ver mi sinceridad
entendiendo que aceptarán,
este recuerdo de Inclán,
como prueba de amistad.

Aquí hago punto final
ofreciendo con agrado,
ser su servidor y criado
en aquesta capital,
Calle San José el Real,
Antigua Litografía,
en donde por suerte mía
saben que pueden mandar,
y sus órdenes librar
a todas horas del día.



FIN DEL CAPADERO

DON PASCASIO ROMERO

Un don Pascasio Romero
que gran caudal heredó,
a esta capital llegó,
a disfrutar su dinero.
Allá en estilo rancharo
concibió el extraño plan,
de buscar, con mucho afán,
una mujer que quería,
con reglas de albeitería⁸⁵,
entre las hijas de Adán.

A todas cuantas miraba
les fijaba la atención,
les hacía su aplicación
y mil defectos hallaba.
Esa, muy triste exclamaba,
mirando una linda güera,
hará pedazos la anquera.
Es mal pelo ese dorado,
ninguna se me ha logrado
y menos siendo llanera.

Aquella otra azafranada,
por alazana es preciosa,
pero arisca y cosquillosa
y con siniestra mirada.
Anda tan encapotada,
todo el paso trastocando,
que, falsamente pisando
y asentando la ranilla,
cada tranco trastrabilla
y ya se está emballestando.

⁸⁵ Veterinaria, especialmente para los équidos.

La rubia sí que es hermosa;
parece de buena alzada;
pero anda muy despapada
y una mondinga horrorosa.
La otra sin duda es más briosa;
trota sobre la cadera.
¡Ah caramba! Es estrellera
y además, gorbeteadora;
por fuerza tropezadora
y de pésima carrera.

De buena estampa es la blanca,
bien amarrada y de rollo,
pero tiene anca de pollo,
medio cazcorva y lunanca;
y aunque es todavía potranca
y está con la cuenca hundida,
la crin y cola crecida,
siempre estará puerca y sucia;
no quiero tordilla rucia
que es de lejos conocida.

Me gusta la morenita
según y como orejea,
más de todo pajarea,
se acochina y encabrita.
No importa que sea mansita
ni que esté bien arrendada,
si a cada momento armada
se agarrota y amartilla;
no sirve para la silla,
es penca y no vale nada.

Me arrancho con la trigueña
tiene empaque de ligera,
mas dicen que es carretera
y sobre todo mesteña;
es de pezuña pequeña
por estar gafa y despeada
de los encuentros venteada
por ser muy fogosa y loca,
de mal gobierno, peor boca
y además encanijada.

¡Caramba!, exclamé enojado,
mirando tanta lacrada.
Qué, ¿no habrá una en la manada
según y como he pensado?
En vano tanto ganado
que consume las pasturas.
¡Lástima de composturas
para aparecer graciosas,
si son charchinas roñosas
y de tan mala andadura!

En fin, tanto me empeñaba
en buscar y rebuscar,
que al cabo llegué a encontrar
lo que yo tanto deseaba.
En el zócalo me hallaba
distráido y entretenido
cuando el crujir de un vestido
me causó tal atención,
que me brincó el corazón
y hasta solté un relinchido.

Pues pasó muy majestuosa
por enfrente de mi banca,
una muy linda potranca
con una cara de rosa;
chulísima, muy garbosa
me echó un vistazo al soslayo,
y yo cual baboso payo
allí me quedé estacado,
sorpresa, apajarado,
cual si me cayera un rayo.

Al punto, sin dilación,
me la seguí pastoreando
y a la vez que iba pensando
miré con satisfacción:
lindos ojos de venado,
color limpio, apiñonado,
lomo cuate, acanalado,
con siete cuartas de alzada,
boca y rienda delicada
y un camperito asentado.

Cabeza bien presentada,
chica oreja y ancha frente,
modo de ver imponente,
testera enjuta y labrada,
con cuello torcaz y espada,
encuentro preponderante,
corta carona y cenceña,
anca ancha, casquimuleña,
y crin y cola abundante.

Antes que se escabullera
a la cola me pegué,
mi pasión le declaré
para que al tanto estuviera.
Le ofrecí cuanto quisiera:
buen pesebre, harta cebada,
mucho mejor ensillada,
cuidada en caballeriza;
y con amable sonrisa
me dirigió una mirada.

Ella, sin hacerme caso,
el trotecito apuraba,
de vez en cuando orejeaba
y más apretaba el paso.
Se metió de chiflonazo⁸⁶
en un grande abrevadero;
sabiendo su comedero
siempre le seguí la pista
y no la perdí de vista
porque soy muy tesonero.

Después de andar de estrellero
sufriendo y dando de vueltas,
con recados, cartas sueltas,
logré entrar a su potrero.
Me costó mucho dinero
el verme correspondido.
Ella sólo había admitido
si el cura en formal contrato
nos echaba el garabato
y con la coyunda uncido.

⁸⁶ Rápidamente, repentinamente, violentamente.

No hice más que apechugar
y entré al yugo resignado,
mi fierro le fue plantado
y ya no hubo que esperar.
Mas ¡cual sería mi pesar
al verla desensillada!
Toda estaba embadurnada
con muchísima maestría:
el pecho y anca tenía
con mil trapos figurados.

Tres dientes tenía postizos,
y la que pensé potrilla,
era una yegua de trilla
y de colmillos macizos.
Por supuesto, sus hechizos,
con un desengaño tal,
fueron a dar al corral
y yo me quedé abismado
por guaje y por animal.

Era baya deslavada,
tenía el lomo con uñeras,
empinadas las caderas
y con la anca derribada;
lupia, esparaván, tusada
y por no alargar el cuento,
un pellejo ceniciento
picado de garrapata;
un gabarro en cada pata
y apestando toda a unguento.

No he visto otra más mañosa,
entre todas las manadas:
rompía el estribo a patadas
y era de hocico asquerosa;
respingona, melindrosa,
con los asientos quebrados,
los ijares barbechados,
de muermo siempre amagada,
matalota rematada,
penquísima en todos grados.

Ensillada y enfrenada
en vano la proponía;
por otra al pelo no había
quien me hiciera la cambiada
¡Qué mas que ni regalada
me la quiso un alfarero!
Menos un carretonero,
y costándome tanto oro,
se la dejé a mi vaquero
por ver si la mata un toro.

Al ver a las forliponas
tan anchas y encopetadas,
todas con caras pintadas
y las gualdrapas amponas,
rabiosas y respingonas
y falsedad presumiendo,
de miedo me estoy muriendo
por el chasco que he llevado.
Me tiene huído, azorado
y sus daños resintiendo.

Por casa las rancheritas
lucen lo que Dios ha dado;
no hay género almidonado,
cojines de pinturitas.
Son dóciles y mansitas,
mas yo tonto, presumí,
mejores a las de aquí
porque las miré catrinas
ya he visto que son charchinas
y sus mañas conocí.

Reniego de mi torpeza
y juro a Dios, por mi vida,
que la yegua más lucida
es manca de la cabeza;
tanta melena le pesa
y estando siempre de anquera,
les resulta una cojera,
resbalan las herraduras,
se lastiman las cinturas
y siempre andan mondaleras.

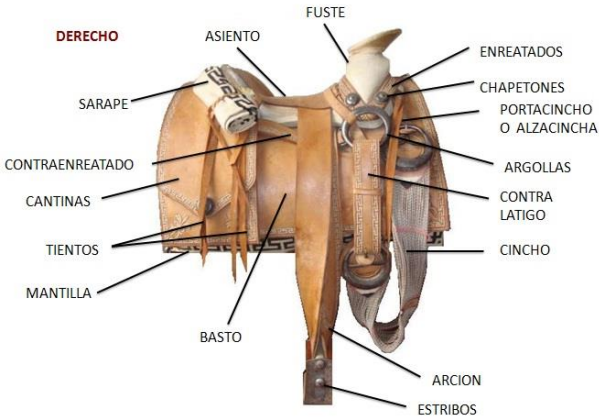
Por fin he quedado hoy día
ya casado y sin mujer,
porque quise obedecer
las reglas de albeitería.
¡Maldita la suerte mía!
¡Maldita mi vanidad!
¡Maldita mi ceguedad!
Abran los ojos, muchachos.
Miren bien, no sean tan machos
como yo fui, la verdad.

AJUARES CHARROS

LA MONTURA.



Lado izquierdo, lado de montar o del subir.



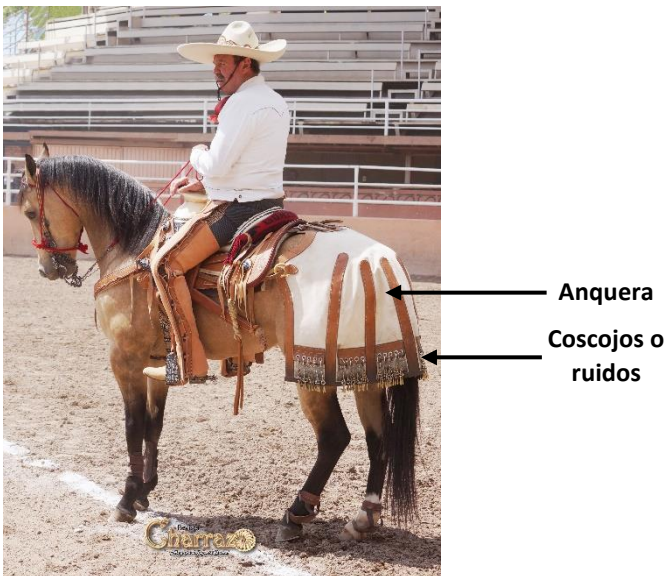
Lado derecho o lado de la garrocha.

Se le conoce como lado de la garrocha, porque es del lado derecho donde se portaba la garrocha para manejar al ganado en épocas de los chinacos, también de este lado se porta la lanza para escoltar la bandera.

LA ANQUERA.

Este ajuar charro tiene varios usos:

- a) Para quitar las cosquillas al caballo y mantener los cuartos traseros (patas) recogidos, es decir, para que durante el galope, el animal no deje sus patas muy atrás poniéndolas en riesgo al momento de colear. El tener los cuartos recogidos ayuda al animal mantener su impulso en las patas traseras, haciendo mas ágilmente giros, medios giros y cuarto de vueltas.
- b) Al momento de estar lazando o estirando de punta, un pial por ejemplo, evita que la silla se recorra hacia adelante, aliviando el esfuerzo en el lomo del caballo.
- c) Ayuda a que el caballo no mueva la cola, aunque no con su uso se enseñe el caballo a no hacerlo.



Fotografía: Dr. Antonio Pliego,
Lic. Enrique Arturo González Rodríguez,
montando "El Alteño", Saltillo, Coah., marzo 2016.

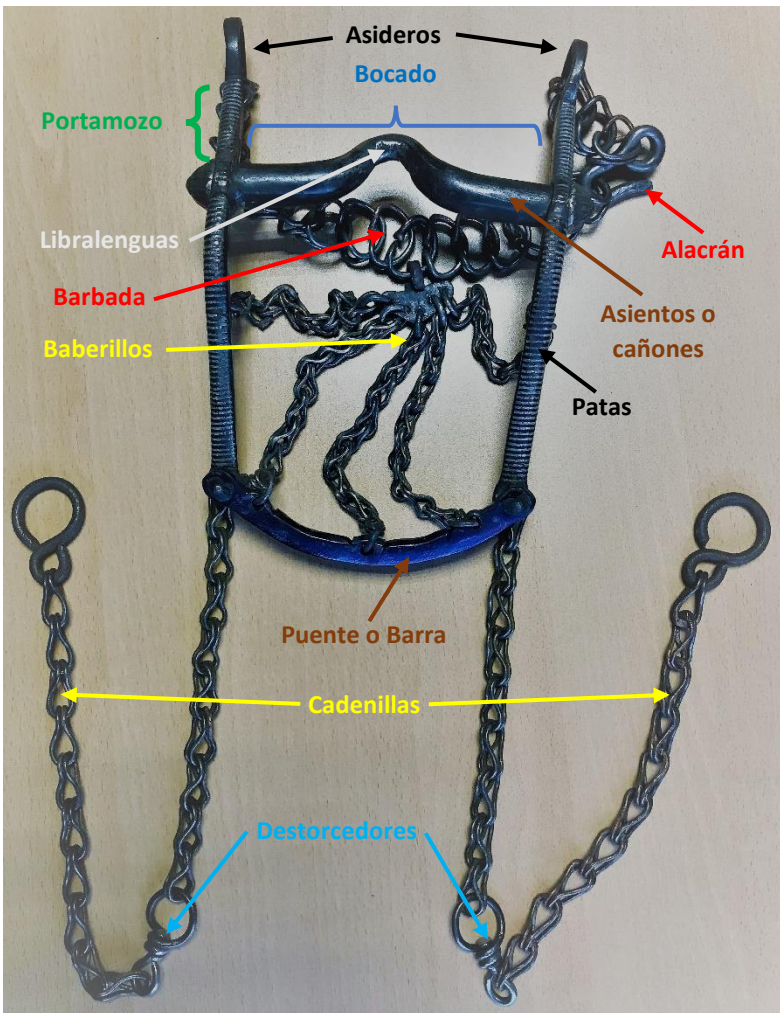
Existen otros ajuares similares a la anquera, con funciones parecidas, pero son usadas en burros o mulas, debido a su fisonomía:

- a) Colera: se utiliza en las mulas o machos, he visto dos tipos, uno donde solamente es la colera y el otro donde vienen armados colera y retranca, cuyo nombre, al momento de transcribir el tratado de Inclán, desconozco.
- b) Retranca: para los burros.



“Córtame al toro pinto”, óleo de Ernesto Icaza, 1912.
Obsérvese al caporal montando una mula con cólera y retranca.

EL FRENO.



Alacrán: también conocido como gancho, es donde se ajusta la barbada.

Asideros: de donde se sujetan las cabezadas.

Asientos o cañones: entra en el hocico del caballo, hasta las comisuras de los labios, es donde “asienta” en la encía. Es común encontrar asientos con barriles de cobre,

cuya función es que el cañón no gire directamente sobre la encía, sino sobre el barril, aliviando el roce con la encía.

Taberillos: conjunto de cadenillas, por lo general son cinco, aunque he visto uno que otro con siete, sirven para que el caballo no juegue con las patas del freno utilizando su belfo inferior, a este juego o acción se le conoce como navajear.

Barbada: aditamento de castigo, que al jalar las riendas, ejerce presión en la barbilla del caballo, haciendo que se detenga.

Bocado: parte que va dentro del hocico del caballo, tiene muchas variantes. Es necesario encontrar la que mejor acomode al equino. Así mismo, hay bocados que cuentan con injertos o rondanas móviles de cobre, conocidas como sabores.

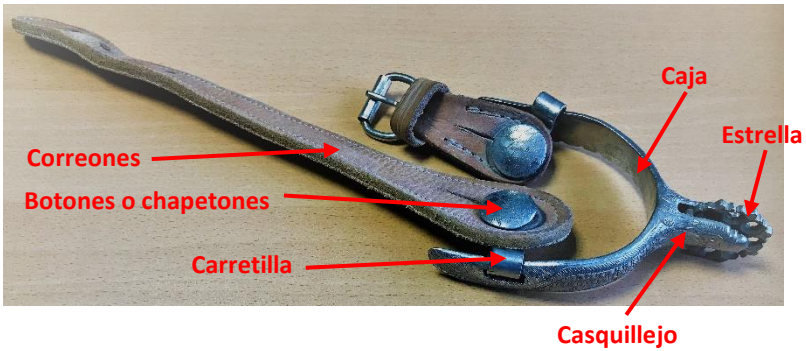
Destorcedores: su nombre lo dice, sirven para que las riendas no se tuerzan. Son piezas muy útiles.

Cadenillas: unidas a las riendas, y al jalarlas, sirven para ejercer palanca sobre la barbada y el caballo se detenga.

Patatas: hay muchas variantes de largos y de posiciones, entre mas largas y rectas, el jalón de la rienda es mas fuerte, entre mas cortas y vencidas hacia atrás, el jalón de la rienda es menos fuerte.

El acomodar un freno a un caballo es todo un arte, pues no es regla que un caballo de “hocico duro” requiera de un freno, que en su conjunto, sea muy “bravo” o de mucho castigo. Tiene que ver mucho la educación y carácter del caballo, así como la sensibilidad de la mano del jinete.

LAS ESPUELAS.



COMENTARIOS FINALES.

Dentro del argot charro, como en muchos otros, existen regionalismos, por lo que es probable que haya partes de los ajuares que se les conozcan con algún otro término, o se usen en distintos animales; me limito a compartir el conocimiento y usos con los que he sido instruido, sin embargo, dejo mi mente abierta a adquirir mas conocimientos.

La finalidad es que no se pierdan los conocimientos y sigamos manteniendo nuestras tradiciones.